

Henrik Ibsen

Los Guerreros
del Norte

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LOS GUERREROS DEL NORTE

HENRIK IBSEN

PUBLICADO: 1858

FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG](https://archive.org)

TRADUCCIÓN: JOSÉ RAMÓN PÉREZ BANCES

**EDICIÓN ORIGINAL: DRAMAS DE ENRIQUE IBSEN, T. I
(MADRID, PERLADO, PÁEZ Y C.^a, 1914)**

PERSONAJES

- ARNULFO DE FJORD, noble de Islandia.
- SIGURD EL FUERTE, guerrero.
- GUNNAR, rico labrador en Helgoland (Noruega).
- THOROLF, el más joven de los hijos de Arnulfo.
- DAGNY, hija de Arnulfo.
- HIORDIS, pupila de Arnulfo.
- KORE, campesino.
- EGIL, hijo de Gunnar (cuatro años).
- LOS SEIS HIJOS DE ARNULFO.
- HOMBRES DE ARNULFO Y DE SIGURD.

Gente armada, séquito, huéspedes, criados, criadas y proscritos.

La acción tiene lugar en el siglo XI, en tiempos de Erik Blutökses, en la Noruega septentrional, parte en la casa de Gunnar, parte en las cercanías de ella.

Derecha e izquierda, del actor.

ACTO PRIMERO

Una playa. A la derecha, rocas; a la izquierda, una cabaña de madera. En la bahía se ven los mástiles de dos barcos; a la derecha, mar adentro, islas y rocas. El mar, tempestuoso. Es invierno y hay tiempo de nieve.

SIGURD viene de los barcos: viste un jubón blanco con un cinturón de plata, capa azul, pantalones de cuero, botas de piel y casco; va armado con una espada corta. Al poco tiempo aparece ARNULFO por la derecha, de entre las rocas: viste un jubón oscuro de piel de oveja, con un peto, así como botas de piel y calzones de lana. Sobre los hombros, una capa gris, cuya capucha está echada sobre el casco, de modo que le oculta parte del rostro. Es alto y de formas gigantescas, con una larga barba blanca, viejo, y anda un poco inclinado; va armado con un escudo redondo, una espada y una pica. Sigurd mira alrededor, divisa la cabaña a la izquierda, va a toda prisa hacia ella y trata de hacer saltar la puerta.

ARNULFO.—*(Aparece por entre las rocas de la derecha, se para en cuanto divisa a Sigurd, parece reconocerle, baja y grita): ¡Atrás, guerrero!*

SIGURD.—*(Se vuelve, pone la mano sobre la espada y contesta): ¡Sería la primera vez que tal hiciese!*

ARNULFO.—*Debes retroceder; y tendrás que hacerlo, pues yo necesito la gruta para descanso de mis hombres, que están medio helados.*

SIGURD.—*Y yo para una mujer extenuada.*

ARNULFO.—*Mis hombres valen más que tus mujeres.*

SIGURD.—Entonces tendrán un precio muy alto los proscritos en esta tierra.

ARNULFO.—(*Alzando su lanza.*) Esa palabra te ha de costar cara.

SIGURD.—(*Sacando la espada.*) ¡Te aseguro que lo vas a pasar mal, buen viejo!

(*Arnulfo se va sobre Sigurd. Este se defiende.*)

(*Dagny y algunos de los hombres de Sigurd vienen de hacia la playa. Los seis hijos de Arnulfo, de las rocas de la derecha.*)

DAGNY.—(*Que viene un poco delante y viste un traje rojo, una capa azul y gorra de pieles, grita hacia los barcos*): ¡Aquí todos los hombres de Sigurd! ¡Mi señor lucha con un extranjero!

LOS HIJOS DE ARNULFO.—¡A ayudar al viejo! (*Bajan.*)

SIGURD.—(*A sus hombres.*) ¡Quedaos donde estáis! Yo me basto.

ARNULFO.—(*A sus hijos.*) ¡Dejadme luchar solo con él! (*Ataca de nuevo a Sigurd.*) ¡Necesito ver tu sangre!

SIGURD.—Mira primero cómo corre la tuya. (*Le hiere en un brazo y la lanza cae.*)

ARNULFO.—¡Ha sido un buen golpe, guerrero! Tiras con fuerza y sabes tocar con seguridad. El mismo Sigurd se avergonzaría ante ti.

SIGURD.—(*Riendo.*) Esa vergüenza sería honra suya.

LOS HIJOS DE ARNULFO.—(*Con un grito de asombro.*) ¡Sigurd mismo! ¡Sigurd el Fuerte!

ARNULFO.—Pero con más fuerza heriste aquella noche en que me robaste a mi hija.

(*Dagny aparta la capucha.*)

SIGURD Y SUS HOMBRES.—¡Arnulfo de Fjord!

DAGNY.—(*Llena de alegría, pero con asomos de intranquilidad.*) ¡Mi padre y mis hermanos!

SIGURD.—Ponte detrás de mí.

ARNULFO.—No es necesario. (*Se aproxima a Sigurd.*) Te reconocí en cuanto te divisé. Por eso te busqué querella. Quería ver si era verdad el rumor que dice que tú eres el guerrero más valiente de Noruega. Pero ahora, sea paz y acomodo entre nosotros.

SIGURD.—Estoy satisfecho de que todo se arregle así.

ARNULFO.—Aquí está mi mano, que lo asegura. Eres un heroico campeón. Nadie ha cambiado hasta ahora tan fuertes golpes con el viejo Arnulfo.

SIGURD.—(*Estrechando la mano que le alarga.*) ¡Ojalá sean las últimas estocadas que cambiemos! Y en nuestra cosa sé tú mismo el juez. ¿Quieres imponer las condiciones?

ARNULFO.—Quiero hacerlo, y aquí terminará nuestra desavenencia. (*A los demás.*) Vais a saber todos de lo que se trata entre los dos. Hace cinco inviernos andaban como *Wikingers*¹ por Islandia Sigurd y Gunnar y se habían alojado en mi casa. Un día Gunnar me robó por maña y fuerza a mi hija adoptiva Hiordis. Y tú, Sigurd, tomaste a Dagny, mi propia hija, y te hiciste a la vela con ella. Por este hecho te condeno a una multa de trescientas coronas de plata, y con ella quedas a cubierto.

SIGURD.—Pequeña satisfacción es la que me pides; con gusto te daré las trescientas coronas, y aun añadiré a ellas un manto de seda galoneado. Es una dádiva real de Adelsthan de Inglaterra, y tan bueno como el que pueda traer el mejor en Noruega.

DAGNY.—¡Bien, valiente esposo mío! ¡Y tú, padre, gracias! Solo ahora podré vivir feliz. (*Estrecha las manos de su padre y hermanos y habla en voz baja con ellos.*)

ARNULFO.—Entonces nuestro acomodo tiene desde hoy plena fuerza, y Dagny debe ser tenida desde este momento en la misma honra que si se hubiera prometido con anuencia de toda la parentela.

SIGURD.—¡Y en mí puedes confiar como en uno de tu propio tronco!

ARNULFO.—Eso espero ciertamente, y ahora mismo quiero probar hasta dónde me eres afecto.

SIGURD.—Me encontrarás dispuesto a todo. Comienza. ¿Cuál es tu deseo?

ARNULFO.—Quiero tu ayuda en consejo y en obra. He venido aquí buscando a Gunnar para pedirle indemnización por el robo de Hiordis.

SIGURD.—(*Sorprendido.*) ¡Gunnar!

DAGNY.—(*Del mismo modo.*) ¡Y Hiordis! ¿Dónde puede hallárseles?

ARNULFO.—Pienso que en casa de Gunnar.

SIGURD.—¿Y su casa está...?

ARNULFO.—A pocos tiros de flecha de aquí. ¿No lo sabías?

SIGURD.—(*Conteniéndose.*) ¡Claro que no! Pocas veces me he informado sobre Gunnar desde la última vez que navegamos juntos por Islandia. Yo andaba lejos, mar adentro, sirviendo a diversos reyes, mientras Gunnar descansaba tranquilo en su casa. Esta mañana me trajo aquí una tempestad. Que Gunnar tenía por el norte la casa de sus padres sí lo sabía; pero...

DAGNY.—(*A Arnulfo.*) ¿Y por eso saliste de casa?

ARNULFO.—Por eso. (*A Sigurd.*) El que nosotros dos nos encontrásemos aquí es obra de los poderosos de allá arriba; ellos lo han querido así. Si hubiera querido encontrarte, no hubiera sabido dónde tenía que buscarte.

SIGURD.—(*Preocupado.*) ¡Verdad, sin duda, sin duda!... Pero tu asunto con Gunnar... Dime, Arnulfo, ¿piensas emplear en él todos los medios, los buenos como los malos?

ARNULFO.—Tengo que hacerlo así. Oye lo que voy a decirte, Sigurd. Cuando habían terminado los días del tribunal, estaba yo sentado en la casa y hablaba con los hombres de mi casta. De pronto vino la conversación a los robos de mujeres. Entonces cayeron sobre mí crueles burlas por haber dejado tanto tiempo sin venganza la ofensa. Me volví furioso y juré navegar hacia Noruega a buscar a Gunnar y a exigir indemnización por el robo o tomar venganza de él, y decidí no volver a Islandia hasta que mi objeto estuviera conseguido.

SIGURD.—Sí; si las cosas son así, creo que es preciso proceder con dureza si fuera necesario.

ARNULFO.—Así tiene que ser. Pero injusto no habré de serlo, pues Gunnar me es conocido como hombre de honor. Además, estoy satisfecho de haber comenzado esta empresa. En los últimos tiempos, se me hacían

largos los días en Islandia. Allá afuera en los mares azules me había encanecido; me parecía que tenía que salir otra vez al mar antes de... El hecho es... Bergthora, mi mujer, ha muerto hace tiempo; mis hijos mayores salían todos los veranos al mar como *Wikingers*, y cuando Thorolf se hizo mayor...

DAGNY.—(*Muy alegre.*) ¿Tienes contigo a Thorolf? ¿Dónde está?

ARNULFO.—Está abajo, en el barco. (*Señalando al fondo, hacia la derecha.*) ¡Verás qué mozo! ¡Lo grande, fuerte y hermoso que se ha hecho desde que tú abandonaste la casa! Ha de ser un buen guerrero, Sigurd; ha de igualarte a ti.

DAGNY.—Observo que es lo mismo que siempre: Thorolf sigue siendo el más amado.

ARNULFO.—Es debido a que es el más joven y a que es igual que su madre.

SIGURD.—Ahora, dime... Tu empresa con Gunnar... ¿Quieres todavía hoy...?

ARNULFO.—Mejor hoy que mañana. Con una indemnización razonable estoy conforme. Pero si Gunnar se niega al acomodo, tendrá que atenerse a lo que sobrevenga.

(*Kore llega apresuradamente por la derecha: trae una gran zamarra de bayeta y un sombrero de fieltro ancho; en la mano tiene una vara rota.*)

KORE.—Salud por el encuentro, guerreros.

ARNULFO.—Encuentro con guerreros es más raro que la fortuna.

KORE.—¡Oh vosotros, nobles gentes! ¡Prometedme vuestra protección! Las gentes de Gunnar me persiguen para matarme.

ARNULFO.—¿Gunnar?

SIGURD.—¿Has hecho algo malo contra él?

KORE.—No he hecho más que defender mi derecho. Nosotros teníamos ganado en una isla cerca de la costa. Las gentes de Gunnar me robaron mis mejores bueyes, y uno de sus hombres me mató un criado. Entonces tomé mis armas y le tendí en el suelo.

ARNULFO.—Tenías derecho para hacerlo.

KORE.—Pues esta mañana salieron contra mí sus gentes. La suerte me protegió, pues alguien me advirtió a tiempo y pude escapar. Pero mi fortuna no durará mucho, pues mis enemigos me buscan.

SIGURD.—Apenas si puedo creerte, labrador. Hubo un tiempo en que yo conocía a Gunnar tan bien como a mí mismo, y puedo asegurarte que nunca cometió una injusticia contra un hombre pacífico.

KORE.—Gunnar no tiene la menor parte en todo el hecho; él está hacia el sur. No. Hiordis, su mujer...

DAGNY.—¿Hiordis?

ARNULFO.—(*Murmurando.*) Sí, es muy posible.

KORE.—Yo le ofrecí a Gunnar indemnización por el criado, y él parecía dispuesto a aceptarla. Pero en esto llegó Hiordis, azuzó a su esposo con palabras irónicas e impidió que nos acomodásemos. Después Gunnar se marchó hacia el sur, y esta mañana...

SIGURD.—(*Mirando hacia la derecha.*) Ahí parece que vienen gentes de hacia el norte. ¿No será...?

KORE.—(*Retrocediendo.*) Es el mismo Gunnar.

ARNULFO.—Estate tranquilo; espero que podré arreglarlos.

(*Gunnar viene con algunos hombres de hacia la derecha, y ocupa el centro de la escena: viste traje de casa, jubón gris, capa azul y un sombrero ancho; como arma no trae más que un hacha pequeña.*)

GUNNAR.—(*Al ver a los reunidos, queda un momento sorprendido y perplejo.*) ¡Arnulfo de Fjord! ¿No me engañan mis ojos?

ARNULFO.—No te engañan. El mismo soy.

GUNNAR.—(*Acercándose.*) Pues bien... Te doy la bienvenida en mis tierras, si es que vienes con intenciones pacíficas.

ARNULFO.—Si tú quieres, no habrá querella alguna entre nosotros.

SIGURD.—(*Acercándose.*) ¡Salud, Gunnar!

GUNNAR.—(*Con alegría.*) ¡Sigurd, mi compañero de armas! (*Estrechando su mano.*) ¡Oh! Viniendo tú con él, ya sé que Arnulfo no viene como enemigo contra mí. (*A Arnulfo.*) ¡Dame tu mano, buen viejo! Lo que

te conduce aquí al norte no es difícil de averiguar: vienes por causa de Hior-dis, tu pupila.

ARNULFO.—Tú lo dices. Gran deshonra cayó sobre mí cuando tú marchaste con ella de Islandia sin solicitar mi permiso.

GUNNAR.—Vienes con entera razón. Lo que hizo el mozo debe repararlo el hombre. Hace tiempo que te espero; y si una multa puede algo, pronto hemos de estar de acuerdo.

SIGURD.—Tengo la misma opinión. Arnulfo se allanará a ello.

GUNNAR.—(*Con calor.*) Eso debes hacer, buen viejo; y si quisieses tasarla en todo lo que vale, no bastará toda mi hacienda a pagarla.

ARNULFO.—Procederé según ley y costumbre; de eso puedes estar seguro. Y ahora, a otra cosa. ¿Ves aquel hombre?

GUNNAR.—¡Kore! ¿Sabes, pues, que ha habido desavenencia entre nosotros?

ARNULFO.—Tus gentes le han robado el ganado, y por robo se paga multa.

GUNNAR.—Por homicidio también. Me ha matado un criado.

KORE.—(*Adelantándose.*) Porque me había ofendido.

GUNNAR.—Ya he dicho que estaba dispuesto a un acomodo.

KORE.—Pero esa no era la voluntad de Hiordis, y esta mañana, cuando tú estabas fuera, cayó sobre mí y me persigue para matarme.

GUNNAR.—¿Es verdad lo que dices? ¿Mi mujer ha...?

KORE.—Es verdad; palabra por palabra.

ARNULFO.—Por eso me ha pedido protección el labrador, y puede estar seguro de ella.

GUNNAR.—(*Después de cortas reflexiones.*) Tú has procedido honradamente conmigo; por eso será justo que yo me someta a tu voluntad. Óyeme, Kore: estoy dispuesto a perdonarte la muerte de mi criado por todos los daños que mis gentes te han ocasionado.

KORE.—La condición me parece bien; la acepto. (*Alargando la mano a Gunnar.*)

ARNULFO.—¿Y podrá contar con paz de tu parte y de la de los tuyos?

GUNNAR.—Paz en su casa y dondequiera que vaya.

SIGURD.—(*Señalando hacia la derecha.*) ¡Mirad lo que viene allí!

GUNNAR.—(*Descontento.*) ¡Es Hiordis!

ARNULFO.—¡Con hombres armados!

KORE.—Viene buscándome a mí.

(*Hiordis entra por la derecha con una escolta de servidores: viste de negro y trae capa y capucha. Los criados vienen armados con espadas y hachas, y ella misma trae en la mano un venablo.*)

HIORDIS.—(*Parándose a la entrada.*) ¡Parece que se ha reunido aquí mucha gente!

DAGNY.—(*Yendo a su encuentro.*) ¡Salud y dicha, Hiordis!

HIORDIS.—(*Fríamente, colocándose en el centro.*) Gracias. Ya había adivinado que no estaríais lejos. (*Acercándose y esparciendo la mirada por la concurrencia.*) Gunnar... y Kore, mi enemigo...; Arnulfo y sus hijos..., y... (*A la vista de Sigurd se estremece casi imperceptiblemente, pero enseguida se domina y dice*): Bien; hay aquí reunida mucha gente a quien yo conozco...; pero no sé quiénes son los que me quieren bien.

ARNULFO.—Te queremos todos bien.

HIORDIS.—Si eso es verdad, no te negarás a entregar a Kore a mi marido.

ARNULFO.—No es necesario.

GUNNAR.—Hemos hecho las paces y estamos conformes.

HIORDIS.—(*Con burla comprimida.*) ¿Conformes? ¡Ya, ya sé que eres un hombre prudente, Gunnar! Kore ha encontrado muchos amigos, y ya comprendo que lo más seguro te pareciese...

GUNNAR.—No adelantas nada queriendo excitarme con palabras sarcásticas. (*Con decisión.*) ¡Kore no tiene nada que temer de nosotros!

HIORDIS.—(*Dominándose.*) Bien está; si has hecho las paces con él, habrá que mantener la promesa.

GUNNAR.—(*Severamente, pero sin dureza.*) ¡Eso debe ser, y eso será!

ARNULFO.—Y todavía antes que tú vinieras se hizo aquí otro acomodo.

HIORDIS.—(*Violentamente.*) ¿Entre Gunnar y tú?

ARNULFO.—(*Asintiendo.*) Era a propósito de ti.

HIORDIS.—Adivino de lo que se trata. Pero quiero que sepas una cosa: no se dirá que Gunnar se dejó atemorizar porque viniste con gente armada a buscarlo. Si hubieras venido tú solo, hubiese sido más fácil allanar las diferencias que hay entre nosotros.

GUNNAR.—Arnulfo y sus hijos vienen con intenciones pacíficas.

HIORDIS.—Es posible, pero las gentes dirán otra cosa. Y tú mismo, Gunnar, no creías tan firmemente en lo pacífico de sus intenciones, cuando ayer enviaste a nuestro hijo Egil hacia el sur, porque oíste que Arnulfo había llegado con barcos de guerra al *fjord*.

SIGURD.—(*A Gunnar.*) ¿Enviaste a tu hijo hacia el sur?

HIORDIS.—Para que estuviese en seguridad cuando Arnulfo cayese sobre nosotros.

ARNULFO.—¡Con eso no debías de jugar, Hiordis! Lo que ha hecho Gunnar fue acción de un hombre prudente...; tú podías impedir la reconciliación.

HIORDIS.—La vida depende de la fortuna. Venga lo que quiera, pero prefiero la muerte a salvar la vida por un acomodo cobarde.

DAGNY.—Sigurd paga también multa, y nadie le tendrá por eso en poco.

HIORDIS.—Sigurd sabe lo que a su propia honra conviene.

SIGURD.—Eso no necesita decírmelo nadie.

HIORDIS.—Sigurd es un héroe fuerte y famoso. Pero cuando Gunnar mató a los osos marinos delante de mi dormitorio, realizó una hazaña más gloriosa que las suyas.

GUNNAR.—(*Mirando disimuladamente a Sigurd.*) Bien, bien. Mas deja eso.

ARNULFO.—¡Verdad! Es la mayor hazaña que hombre alguno haya realizado en Islandia, y por eso justamente...

SIGURD.—Por eso puede Gunnar darse a partido sin que nadie pueda llamarle cobarde.

HIORDIS.—Sea. Pero si ha de pagarse multa, hay que pedirla también. ¡Gunnar, recuerda lo que me prometiste!

GUNNAR.—Aquella promesa fue hecha sin reflexión. ¿Vas a exigir ahora que se mantenga?

HIORDIS.—Habrá de mantenerse, si es que yo he de seguir viviendo bajo tu techo. Sábelo, pues, Arnulfo: si quieres multa por el robo de tu pupila, tendrás que pagarla también porque mataste a mi padre, Jokul, y te apropiaste de todo su haber.

ARNULFO.—Jokul cayó a mis pies en duelo leal. Mucho más daño me hizo a mí tu familia cuando, sin que yo te conociese, te envió a Islandia para que velase por tu infancia.

HIORDIS.—Honra y no daño te vino de poder educar a la hija de Jokul.

ARNULFO.—No saqué más que pendencias de ello; yo te lo aseguro.

HIORDIS.—Pues mayores te amenazan si no...

ARNULFO.—No he venido aquí a disputar con mujeres. Gunnar, oye mi última palabra: ¿estás dispuesto a pagar voluntariamente multa por el rapto de tu mujer?

HIORDIS.—(*A Gunnar.*) ¡Piensa en lo que prometes!

GUNNAR.—(*A Arnulfo.*) Ya oyes. He hecho una promesa y tengo que...

ARNULFO.—¡Basta! ¡Basta! ¡Nunca se dirá de mí que he pagado multa por una muerte leal!

HIORDIS.—(*Con imperio.*) Entonces os retamos a ti y a los tuyos.

ARNULFO.—(*Con cólera creciente.*) ¿Y quién tiene aquí derecho a pedir multa por la sangre de Jokul? ¿Dónde están sus parientes? ¡Ninguno de ellos vive! ¿Quién es el vengador legal?

HIORDIS.—¡Lo es Gunnar en mi nombre!

ARNULFO.—¡Gunnar! Sí; si te hubieras entregado a él con consentimiento de tu tutor, o si hubiera pagado multa por tu rapto, sería el vengador legítimo; pero...

DAGNY.—(*Angustiada.*) ¡Padre! ¡Padre!

SIGURD.—¡No sigas!

ARNULFO.—(*Alzando la voz.*) ¡Sí; quiero decirlo bien alto! ¡Una mujer robada no tiene ningún esposo legítimo!

GUNNAR.—(*Irritado.*) ¡Arnulfo!

HIORDIS.—(*Con cólera salvaje.*) ¡Injuriada! ¡Provocada! (*Temblándole la voz.*) ¡Eso que has dicho has de sentirlo!

ARNULFO.—(*Prosiguiendo.*) ¡Para la ley, una mujer raptada no es más que una concubina! ¡Si quieres recobrar tu honra, tendrás que...!

HIORDIS.—(*Dominándose.*) No, Arnulfo; sé yo mejor lo que conviene en este caso. Sí, yo soy la concubina de Gunnar...; bien. Entonces tendrá él que recobrar su honra por una acción que..., por una acción tan grande que mi vergüenza se borre ante su valor. Y ahora ¡guárdate, Arnulfo! Aquí se separan nuestros caminos. Contra ti y contra los tuyos llevaré mis armas y contra todo el que... (*Arrojando a Kore una mirada airada.*) ¡Kore! Arnulfo ha tomado en sus manos tu negocio, y entre nosotros habrá paz. Pero no te aconsejo que vuelvas a casa tan pronto. El muerto tiene muchos amigos, y fácilmente podía acontecer que...; ya te he advertido del peligro; tente a las consecuencias. Ven, Gunnar, y preparémonos. Has realizado una gran hazaña en Islandia; pero una mayor tiene que acontecer aquí, para que tu... tu concubina no tenga que avergonzarse de ti y de sí misma.

GUNNAR.—Sé razonable, Hiordis; tus ademanes descompuestos están fuera de lugar.

DAGNY.—Quédate, hermana, quédate. Ya traeré a mi padre a razón.

HIORDIS.—(*Sin oírla.*) ¡Ahora a casa! Nunca se me pronosticó que había de pasar mi vida como una concubina miserable; y si he de soportar esa vergüenza, aunque no sea más que algunos días, es preciso que mi esposo

realice alguna hazaña que le haga más famoso que todos los demás hombres.

GUNNAR.—(*En voz baja.*) Sigurd, tienes que prometerme que hablaremos antes de que abandones el país. (*Se va con sus gentes por la derecha.*)

(*Durante la escena anterior ha cesado el mal tiempo; el sol de mediodía aparece en el confín del horizonte.*)

ARNULFO.—(*Amenazando.*) ¡Tu conducta ha de costarte cara, pupila mía!

DAGNY.—¡Padre! ¡Padre! ¡No pensarás nada malo!

ARNULFO.—¡Déjame! Ahora, Sigurd, es necesario algo más que una multa de parte de Gunnar.

SIGURD.—¿Qué quieres hacer?

ARNULFO.—No lo sé todavía. Pero ha de llegar hasta bien lejos de aquí la nueva de que Arnulfo ha desembarcado en el *ffjord* en busca de Gunnar.

SIGURD.—(*Tranquilo y resuelto.*) Puede ser. Pero he de decirte una cosa, Arnulfo: mientras yo tenga vida no has de hacer armas contra él.

ARNULFO.—¿No?... ¿Y si yo quiero?

SIGURD.—No ocurrirá nada, aunque tú quieras.

ARNULFO.—(*Irritado.*) Bien; pásate, si quieres, a mis contrarios. Tengo valor bastante para luchar con todos.

SIGURD.—Óyeme, Arnulfo: no vendrá jamás el día que nos vea a nosotros dos uno contra otro. Hemos celebrado un acomodo honroso. Dagny me es más cara que armas y oro, y yo no he de olvidar nunca los lazos que contigo la unen.

ARNULFO.—Eso es lo que yo esperaba de ti, valeroso Sigurd.

SIGURD.—Pero Gunnar es mi hermano de armas. Recíprocamente nos hemos jurado fe y amistad. Hemos probado juntos la fortuna en la lucha y en los días de paz, y me es más caro que hombre alguno. A él no le gustan las expediciones guerreras, por muy valiente que por otra parte pueda ser. En cuanto a mí, todos me conocéis; ya sabéis que no me asusta lucha algu-

na. Y sin embargo, vengo a ti, Arnulfo, y te pido un acomodo con Gunnar. ¡Atiende mi ruego!

ARNULFO.—No puedo hacerlo. Sería el objeto de la burla de todos los héroes si tornase a Islandia con las manos vacías.

SIGURD.—Con las manos vacías no te irás de aquí. Aquí en la ensenada están mis galeras de guerra con todo el botín que he ganado en mis expediciones. En ellas hay magníficos regalos de reyes, cajas de buenas armas y otras cosas preciosas. Coge uno de mis barcos; escoge el que te parezca mejor. Será tuyo con cuanto a bordo de él encuentres...; llévalo como multa por Hiordis, y deja a Gunnar tranquilo.

ARNULFO.—Buen Sigurd, ¿eso harías tú por Gunnar?

SIGURD.—Nadie puede hacer demasiado por un fiel amigo.

ARNULFO.—¿Me darías la mitad de tu haber?

SIGURD.—(*Con pasión.*) Tómallo todo. Coge los dos barcos; coge todo lo que puede pertenecerme y déjame ir contigo a Islandia como el más pobre de los hombres. Lo que ahora te doy puedo recobrarlo; pero si tú ejerces violencia con Gunnar, ya no podré ser dichoso. Y bien, Arnulfo, ¿qué tienes que oponer a esto?

ARNULFO.—(*Reflexionando.*) Dos buenas galeras de guerra, armas y utensilios...; más bienes no los consigue nadie de seguro, pero... (*Violentamente.*) ¡No! ¡No! Hiordis me ha amenazado. ¡No quiero! ¡Deshonrado quedaría si aceptase lo que es tuyo!

SIGURD.—Oye, pues, antes...

KORE.—(*Acercándose.*) Consejo de amigo es el que Sigurd te da; pero si quieres seguir tu intención por el buen camino, yo puedo darte uno mejor. No cuentes con acomodo mientras Hiordis esté por medio; pero si atiendes lo que te digo, podrás tomar venganza.

ARNULFO.—¿Venganza? ¿Qué es lo que me aconsejas?

SIGURD.—De seguro algo malo.

DAGNY.—(*A Arnulfo.*) No le hagas caso.

KORE.—Hiordis ha decretado mi destierro y ha dicho que atentaría a traición contra mí. Si tú me prometes protección, iré esta noche a casa de Gunnar y la prenderé fuego. ¿Te parece bien eso?

SIGURD.—¡Miserable!

ARNULFO.—(*Tranquilamente.*) ¿Que si me parece bien? ¿Sabes tú, Kore, lo que me parecería bien? (*Con voz tonante.*) ¡Cortarte la nariz y las orejas, criado vil! ¡Qué poco conoces al viejo Arnulfo, si le crees capaz de ser cómplice de una acción tan villana!

KORE.—Si tú no sorprendes a Gunnar, te sorprenderá él a ti.

ARNULFO.—Tengo armas y puños para defenderme.

SIGURD.—(*A Kore.*) Y ahora ¡fuera de aquí! ¡El trato contigo deshonra!

KORE.—(*Al marcharse.*) Bien, bien. Entonces, ya que nadie quiere protegerme me protegeré yo mismo. Y quiero advertiros una cosa. Habéis de arrepentiros de haberos marchado así; yo conozco a Hiordis... y sabré alcanzarla. (*Se marcha hacia el mar.*)

DAGNY.—¡Va pensando en la venganza! Sigurd, hay que impedir eso.

ARNULFO.—¡Oh, déjale hacer lo que le plazca! Hiordis no merece cosa mejor.

DAGNY.—No es así como habla tu corazón. No olvides que la has tenido bajo tu techo.

ARNULFO.—¡Maldita la hora en que llegó a mi casa! Ahora se cumple lo que Jokul dijo.

SIGURD.—¿Jokul?

ARNULFO.—Jokul, su padre. Cuando yo le di el golpe de muerte cayó en tierra tendido, clavó en mí su mirada y dijo: «La raza de Jokul procurará siempre el daño del matador de Jokul, y el que posea el tesoro de Jokul tendrá que estar en perpetua lucha por él». Cuando hubo dicho esto, calló un rato, y sonreía... Enseguida murió.

SIGURD.—De eso no debes hacer caso.

ARNULFO.—¡Quién puede saberlo! Hay una tradición que cuenta que Jokul dio a sus hijos un corazón de lobo para que lo comiesen y adquiriesen

un ánimo torcido. Hiordis ha recibido de seguro una parte; se le ve enseguida. (*Se queda en suspenso al mirar hacia la derecha.*) ¡Gunnar! ¿Hemos de encontrarnos otra vez?

GUNNAR.—Arnulfo, puedes pensar de mí lo que quieras; pero yo no puedo separarme de ti como enemigo.

ARNULFO.—¿Con qué intenciones vienes?

GUNNAR.—Con las de estrecharte la mano antes de que te vayas de aquí. ¡Oídmelos todos! Quiero que vengáis a mi casa y que permanezcáis allí como huéspedes todo el tiempo que os acomode. Habitaciones y comida no os han de faltar, y de nuestro asunto no trataremos ni hoy ni mañana.

SIGURD.—¿Pero Hiordis...?

GUNNAR.—Se somete a mi voluntad. En el camino cambió de parecer y piensa, como yo, que podríamos acomodarnos si quisiésemos ser nuestros huéspedes.

DAGNY.—Sí, sí; eso debe ser.

SIGURD.—(*Vacilante.*) Yo no sé si debo...

DAGNY.—Gunnar es tu hermano de armas. ¡Te conocería yo mal si te negases!

GUNNAR.—(*A Sigurd.*) Me has probado en todos los momentos tu amistad. ¡No vas a contrariarme esta vez!

DAGNY.—¡Abandonar el país cuando Hiordis queda llena de odio hacia nosotros!... No, no; eso no puede ser.

GUNNAR.—Me he portado muy injustamente con Arnulfo. Hasta que no lo remedie no tendré paz conmigo mismo.

SIGURD.—(*Excitado.*) Haré lo que quieras por ti, pero aquí no puedo quedarme. (*Dominándose.*) Soy vasallo del rey Adelsthan y tengo que ir con él este invierno a Inglaterra.

DAGNY.—Eso puedes hacerlo lo mismo.

GUNNAR.—Nadie sabe lo que puede pasar. Es posible que sea esta la última vez que nos encontremos, y entonces te arrepentirás de no haberme ayudado cuando podías hacerlo.

DAGNY.—Tardarás mucho tiempo en verme alegre si te das hoy a la vela.

SIGURD.—(*Resuelto.*) ¡Sea, pues! Ocurrirá lo que vosotros queréis, aun cuando... Pero estoy decidido. Toma mi mano en prenda. Permaneceré aquí y seré tu huésped y el de Hiordis.

GUNNAR.—(*Estrechando su mano.*) Gracias, Sigurd; ya lo sabía yo. ¿Y tú, Arnulfo, piensas como él?

ARNULFO.—Ya lo pensaré... Hiordis me ha ofendido demasiado... Por hoy no quiero decidirme.

GUNNAR.—Bien, viejo guerrero. Sigurd y Dagny aplacarán tu cólera. Yo voy a preparar el banquete. Entretanto sed bienvenidos a mi casa. (*Se va por la derecha.*)

SIGURD.—(*Aparte.*) Dice que Hiordis ha cambiado de opinión. Es que la conoce poco. Más bien creo que con eso piensa... (*Se interrumpe y dice a sus hombres*): Ahora seguidme todos a las galeras. Quiero escoger ricos dones para Gunnar y su gente.

DAGNY.—Dones de lo mejor que tengamos. Y tú, padre mío..., no te he de dejar tranquilo hasta que te sometas. (*Se va con Sigurd hacia el mar, al fondo, y desaparece.*)

ARNULFO.—¡Someterme! ¡Si Gunnar no tuviese mujeres en casa!... ¡Si supiese cómo acercarme a ella!

(*Thorolf viene apresuradamente por la derecha, de hacia el mar.*)

ARNULFO.—¿Eres tú, Thorolf?

THOROLF.—Ya lo ves. ¿Es verdad lo que se dice? ¿Que te has encontrado con Gunnar?

ARNULFO.—Sí.

THOROLF.—¿Y has disputado con él?

ARNULFO.—¡Hum!... Por lo menos con Hiordis.

THOROLF.—Pues consuélate, porque vas a ser vengado.

ARNULFO.—¿Vengado? ¿Quién va a vengarme?

THOROLF.—Escucha. Estaba yo en el barco y llega corriendo un hombre que traía un palo en la mano, el cual grita: «Si eres de las gentes de Arnulfo salúdale de parte del campesino Kore, y dile que yo me encargo de tomar venganza por los dos». Dicho esto, subió a un bote y se alejó diciendo: «En la bahía encontraré a veinte desterrados; unido a ellos iré hacia el sur, y cuando llegue la noche habrá perdido Hiordis a su hijo».

ARNULFO.—¿Eso dijo? ¡Ah, ya comprendo! Gunnar ha enviado afuera a su hijo, y Kore, por enemistad con él...

THOROLF.—Rema hasta allá y mata al niño.

ARNULFO.—¡Todos tras él! ¡Veremos a ver si coge su presa!

THOROLF.—¿Qué pretendes?

ARNULFO.—Déjame hacer. Yo seré, y no Kore, quien se encargue de la venganza.

THOROLF.—Yo te acompaño.

ARNULFO.—No. Tú acompañarás a Sigurd y a tu hermana a casa de Gunnar.

THOROLF.—¿Sigurd? ¿Está también él aquí?

ARNULFO.—(*Señalando hacia el mar.*) Allí están sus galeras de guerra. Hemos hecho las paces; tú irás con él.

THOROLF.—¿A casa de tus enemigos?

ARNULFO.—Vete y calla. ¡Ahora sabrá Hiordis quién es el viejo Arnulfo! Pero no digas a nadie lo que pretendo hacer. ¿Entiendes? ¡A nadie!

THOROLF.—Te lo prometo.

ARNULFO.—(*Estrecha su mano y le mira amorosamente.*) ¡Adiós, valiente hijo mío! Comportate bien, de modo que me hagas honor. No has de hablar nunca en vano, pero lo que digas haz que sea cortante como el filo de una espada. Mientras te traten bien sé amable; mas en cuanto se te moleste, no calles. No bebas más de lo que puedas soportar. Pero no rechaces la copa mientras se te ofrezca con medida, para que no te tomen por afeminado.

THOROLF.—No tengas cuidado. Estate tranquilo por mí.

ARNULFO.— Bien. Ahora vete a casa de Gunnar. Yo apareceré también más tarde en el convite, pero muy de otra manera de como se me espera. (*A los demás.*) Y ahora vosotros, lobeznos, ¡adelante! Afilad vuestros dientes... Vais a tener sangre que beber. (*Se va con los hijos mayores por el fondo derecha.*)

(*Sigurd y Dagny vienen de hacia la playa vestidos con magníficos trajes; tras ellos vienen dos hombres que dejan una caja y luego se van.*)

THOROLF.—(*Siguiendo con la vista a su padre.*) Ahora se van todos a luchar y yo no puedo seguirlos. Es duro ser el último de su casta. (*Volviéndose.*) ¡Dagny! ¡Salud, hermana mía!

DAGNY.— ¡Thorolf! ¡Espíritus buenos..., qué mozo te has hecho!

THOROLF.— Claro; en cinco años creo que no tiene nada de particular.

DAGNY.— Sí, sí; tienes razón.

SIGURD.—(*Alargándole la mano.*) Si no engañan todas las señas, en ti tendrá tu padre un mozo valiente.

THOROLF.— Si él quisiera ponerme a prueba ya vería...

DAGNY.—(*Sonriendo.*) Pero te mima más de lo que tú desearías. Te quiere demasiado.

SIGURD.— ¿Dónde ha ido?

THOROLF.—(*Señalando hacia la derecha.*) Hacia el barco. Pero vamos andando nosotros; él vendrá luego.

SIGURD.— Yo tengo que esperar a que mis gentes traigan las cosas y aseguren los barcos.

THOROLF.— Voy a ayudarlos. (*Se va hacia la playa.*)

SIGURD.—(*Tras una breve pausa.*) Dagny, mujer mía, ahora estamos solos. Voy a decirte una cosa que ya no puedo callar por más tiempo.

DAGNY.—(*Asombrada.*) ¿Qué quieres decir?

SIGURD.— Esta visita a casa de Gunnar puede ser peligrosa.

DAGNY.— ¿Peligrosa? ¿Piensas tú que Gunnar...?

SIGURD.—Gunnar es noble y valeroso. No, no...; pero mucho mejor hubiese sido que yo hubiera marchado de aquí sin ser su huésped.

DAGNY.—Me das miedo, Sigurd. ¿Qué es eso?

SIGURD.—Antes contéstame a una pregunta. ¿Dónde está la pulsera de oro que te di?

DAGNY.—(*Mostrándola.*) Aquí en el brazo. Me pediste que la llevara.

SIGURD.—Arrójala en el abismo más profundo del mar. Tan profundo que jamás pueda nadie hallarla. ¡Porque podría ser la causa de la muerte de muchos valientes!

DAGNY.—¿La pulsera de oro?

SIGURD.—(*Conteniendo la voz.*) En aquella noche en que aconteció en casa de tu padre el robo de las mujeres... Te acordarás todavía...

DAGNY.—¡Que si me acuerdo!

SIGURD.—De eso quiero hablarte.

DAGNY.—(*Con vivo interés.*) ¿Qué es ello? Habla.

SIGURD.—Como recordarás, había habido un banquete. Tú te fuiste pronto a tu alcoba, pero Hiordis siguió bebiendo con los hombres. La copa circulaba con profusión y los ánimos estaban muy alegres. Yo juré llevarme conmigo, al marchar, una doncella de Islandia; Gunnar hizo el mismo juramento que yo y ofreció el cuerno a Hiordis. Tomolo ella, púsose en pie y juró que solo sería la mujer del héroe que entrase en su alcoba, matando primero al oso blanco que tenía encadenado a la entrada y luego la llevase en sus brazos.

DAGNY.—Todo eso ya lo sé.

SIGURD.—Todos creyeron que la empresa era irrealizable, pues el oso era la más feroz bestia concebible. Nadie podía acercársele más que Hiordis, y era tan fuerte como veinte hombres.

DAGNY.—Pero a pesar de todo Gunnar lo mató y se hizo famoso en todo el país.

SIGURD.—(*Con voz contenida.*) Eso es verdad...; pero... quien realizó la hazaña fui yo.

DAGNY.—(*Dando un grito de asombro.*) ¿Tú?

SIGURD.—Cuando los demás hubieron abandonado el festín, me pidió Gunnar que le acompañase a su alcoba. Allí me dijo: «Amo a Hiordis más que a mujer alguna; sin ella no puedo vivir». Yo le contesté: «Pues vete a su alcoba; ya sabes sus condiciones». Pero él replicó: «El hombre que ama estima en mucho la vida. El resultado de una lucha con el oso sería incierto, y yo temo perder la vida, ahora que con la vida pierdo a Hiordis». Hablamos largo tiempo, y el resultado fue que Gunnar se fue a preparar su barco para zarpar. Entretanto yo desnudé mi espada, me puse los vestidos de Gunnar y marché hasta la alcoba de Hiordis.

DAGNY.—(*Con orgullosa alegría.*) ¿Y tú..., tú mataste al oso?

SIGURD.—Yo lo hice. En la pieza estaba oscuro como boca de lobo. Hiordis creía que era Gunnar quien estaba a su lado...; estaba excitada con la bebida... Entonces se quitó una pulsera de oro del brazo y me la dio... y esa es la que tú llevas.

DAGNY.—(*Inquieta.*) ¿Y pasaste toda la noche en la alcoba de Hiordis?

SIGURD.—Entre los dos estaba mi espada desnuda. (*Pausa corta.*) Antes que el día luciese conduje a Hiordis al barco de Gunnar. Ella no notó nada y se hicieron juntos a la vela. Después fui a tu alcoba y te encontré en medio de tus mujeres. Lo que luego aconteció lo sabes muy bien. Como había prometido, yo abandoné Islandia con una hermosa doncella, y desde entonces me has seguido adondequiera que mi rumbo me llevó.

DAGNY.—(*Conmovida.*) ¡Bravo, esposo mío! ¿Tuya fue aquella hazaña? ¡Oh, debí habérmelo figurado! ¡Nadie era capaz de hacerlo más que tú! ¡Hubieras podido alcanzar a Hiordis, esa orgullosa y magnífica mujer, y, sin embargo, me escogiste a mí! ¡Diez veces más amado me serías de hoy en adelante si no me fueras ya lo más caro del mundo!

SIGURD.—Dagny, fiel esposa mía, ahora sabes todo... lo que necesitas saber. Era preciso que te advirtiese, pues aquella pulsera... ¡Que no la vean nunca los ojos de Hiordis! Si quieres complacerme, arrójala a lo más hondo del mar.

DAGNY.—No, Sigurd. Para eso me es demasiado cara. ¡Es un regalo tuyo! Pero estate tranquilo; la esconderé a todas las miradas y nunca diré a nadie lo que tú hoy me has confiado.

(Thorolf viene con las gentes de Sigurd, de hacia el barco.)

THOROLF.— Todo está ya dispuesto para la marcha hacia la casa de Gunnar.

DAGNY.— Vamos, pues, Sigurd... ¡Tú, héroe noble y fuerte!

SIGURD.— ¡Silencio, Dagny, silencio! En tus manos está ahora si la visita ha de terminar en paz o en guerra. *(A los demás.)* ¡En marcha todos! Vamos al convite de Gunnar. *(Se va con Dagny por la derecha; los demás le siguen.)*

1. Aventureros guerreros escandinavos.

ACTO SEGUNDO

Sala de festín en casa de Gunnar. La puerta de entrada está al centro, en el fondo. A la derecha y a la izquierda, puertas más pequeñas. En el primer término a la derecha, el asiento de honor principal, y a la derecha enfrente de él, el otro. En el centro de la habitación arde una hoguera sobre un hogar de piedra. En el fondo, a ambos lados de la puerta, tribunas para las mujeres de la casa. Partiendo de los dos asientos de honor y a lo largo de las paredes van dos mesas con bancos a ambos lados. Afuera está oscuro. La hoguera encendida ilumina la sala.

HIORDIS y DAGNY entran por la derecha.

DAGNY.—No te entiendo, Hiordis. Me has enseñado toda tu casa, y yo no sé lo que puedes echar de menos: cuanto hay en ella es hermoso y magnífico. ¿De qué te quejas todavía?

HIORDIS.—Si encierras un águila en una jaula, morderá siempre los barrotes, sin importarle que sean de hierro o de oro.

DAGNY.—En una cosa eres más rica que yo: tienes a Egil, tu niño.

HIORDIS.—Mejor sería no tener hijo, que tener uno que ha nacido en la deshonra.

DAGNY.—¿En la deshonra?

HIORDIS.—¿Has olvidado ya lo que tu padre dijo? Egil es un bastardo. Esas fueron sus palabras.

DAGNY.—Palabras dichas en un momento de cólera... ¿Por qué les das importancia?

HIORDIS.—No. Tenía razón Arnulfo. Egil es débil; se le nota que no ha nacido con honra.

DAGNY.—Hiordis, ¿cómo te atreves...?

HIORDIS.—(*Sin oírla.*) Así puede obrar en la sangre la vergüenza, como el veneno de una mordedura de serpiente; ¡qué de otra casta son los hijos de héroes nacidos con honor! El otro día oí hablar de una reina que cosía a su hijo el jubón a la piel sin que el niño pestañease. (*Con expresión de crueldad.*) ¡Dagny!, eso mismo he de hacer yo con Egil.

DAGNY.—(*Indignada.*) ¡Hiordis! ¡Hiordis!

HIORDIS.—(*Riéndose.*) ¡Ja, ja, ja! ¿Creías que hablaba en serio? (*Cambiando de tono.*) Pero, créasme o no, a veces siento un deseo irresistible de hacer cosas semejantes. Quizás sea que lo llevo en la sangre, pues se dice que desciendo de la casta de los gigantes. Y ahora siéntate, Dagny. En estos cinco años has corrido mucho mundo. Dime, ¿has estado muchas veces en la corte de los reyes?

DAGNY.—¡Claro! Principalmente en la corte de Adelsthan de Inglaterra.

HIORDIS.—¿Y te honraban en todas partes y te daban el puesto de honor en las mesas?

DAGNY.—¿Cómo puedes dudarlo? Como esposa de Sigurd...

HIORDIS.—Sí, ciertamente; Sigurd es un hombre famoso..., aunque Gunnar esté todavía más alto que él.

DAGNY.—¿Gunnar?

HIORDIS.—Gunnar realizó una hazaña a la que no se atrevió Sigurd; bien; dejemos eso. Pero dime una cosa: cuando Sigurd iba en sus expediciones guerreras y tú estabas con él...; entonces, cuando las espadas se cruzan con ímpetu loco, cuando la roja sangre hirviente corre por la cubierta del barco..., ¿no sientes un ansia irresistible de luchar tú también con los hombres? ¿No te vistes una armadura y coges las armas?

DAGNY.—¡Nunca! ¿Pero cómo puedes pensar...? ¡Yo!... ¡Una mujer!...

HIORDIS.—¡Una mujer, una mujer! ¡Nadie sabe de lo que una mujer es capaz!... Pero quiero preguntarte otra cosa..., pues esto lo sabes de seguro: cuando un hombre abraza a la mujer a quien ama..., ¿es verdad que ella siente que su sangre arde y que su corazón palpita con violencia..., que sus sentidos se desvanecen en un vértigo delicioso?

DAGNY.—(*Enrojeciéndose.*) ¡Hiordis! ¿Cómo puedes...?

HIORDIS.—¡Pero contéstame!...

DAGNY.—Supongo que tú misma lo habrás sentido.

HIORDIS.—Sí, una vez, una vez única. Fue en la noche que Gunnar pasó en mi alcoba: me estrechó contra su pecho con tal violencia... y entonces..., entonces...

DAGNY.—(*Con un grito.*) ¡Cómo! ¡Sigurd...!

HIORDIS.—¡Sigurd! ¿Quién habla de Sigurd? Yo hablaba de Gunnar...; aquella noche, allá abajo..., en que nos robaron...

DAGNY.—(*Dominándose.*) Sí, sí...; ya me acuerdo..., ya sé...

HIORDIS.—Esa fue la única vez. ¡Y nunca más! Me parecía como si estuviese bajo un encanto... ¡Que Gunnar pudiese abrazar a una mujer de ese modo!... (*Se detiene y mira a Dagny.*) ¿Te pones mala? Estás tan pronto pálida, tan pronto roja.

DAGNY.—¡No, no; te equivocas!

HIORDIS.—(*Sin escucharla.*) Yo hubiera debido salir afuera a la guerra marítima sangrienta y animada. Hubiera sido lo mejor para mí... y acaso para todos nosotros. ¡Esa sería una vida agitada y variada! ¿No te asombras, Dagny, de hallarme aquí viva? ¿No temes estar sola conmigo ahora que comienza la oscuridad? ¿No se te ocurre la idea de que yo hace mucho, mucho tiempo, estoy muerta y de que lo que tienes ante tus ojos no es más que un espectro?

DAGNY.—(*Que comienza a inquietarse.*) ¡Ven..., ven; vámonos... a buscar a los demás!

HIORDIS.—(*Cogiéndola por el brazo.*) ¡No, quédate! ¿Puedes tú comprender que viva aún una persona que ha permanecido aquí cinco noches?

DAGNY.—¿Cinco noches?

HIORDIS.—Aquí en el Norte cada invierno es una inmensa noche.
(*Cambiando de pronto el tono.*) Por lo demás, esto es muy hermoso. Te he de mostrar cosas que no has visto nunca ni en la corte del rey de Inglaterra. Quiero que seamos como hermanas mientras seas mi huésped. Bajaremos a la orilla del mar cuando la tormenta ruge y las olas con su melena de espuma vienen con ímpetu salvaje hacia la tierra... ¡Y luego allá afuera las olas gigantescas! ¡Parecen luchar entre sí como guerreros con aceros y armaduras! ¡Ah, qué placer cabalgar como bruja sobre el lomo de las olas, conjurar las tormentas y atraer con cantos de sirena a los hombres a lo profundo del mar!

DAGNY.—¿Cómo puedes hablar de ese modo, Hiordis?

HIORDIS.—Dagny, ¿sabes cantar canciones de encantamiento?

DAGNY.—(*Con repugnancia.*) ¡Yo!

HIORDIS.—Yo creo que sí. Si no, ¿cómo hubieras podido seducir a Sigurd?

DAGNY.—¡No, no puedo oír más lo que dices; déjame marchar!

HIORDIS.—(*Deteniéndola.*) ¿Porque bromeo? No; sigue escuchándome. Figúrate, Dagny, estar sentada a la noche aquí a la ventana y oír cómo allá abajo en las cabañas de los pescadores los espectros aúllan y se lamentan, y ver cómo desfila el cortejo de los muertos..., pues por aquí, por el Norte tienen que pasar. Allá van los osados guerreros, las mujeres fuertes que no pasaron su vida como tú y como yo, inactivas. ¡Montadas en negros caballos vuelan por los aires a través de vientos y tempestades; haciendo sonar con estrépito las campanillas al cruzar! (*Abraza a Dagny y la aprieta con salvaje violencia contra sí.*) ¡Ah! ¡Qué hermoso sería hacer sobre un corcel tan magnífico la última cabalgada!

DAGNY.—(*Soltándose.*) ¡Hiordis! ¡Hiordis! ¡Déjame! ¡No quiero oírte más!

HIORDIS.—(*Riéndose.*) Blanda y fácil de asustar eres tú.

(*Gunnar entra con Sigurd y Thorolf por la puerta del fondo.*)

GUNNAR.—Ahora me siento yo, en verdad, todo lo feliz que puede un hombre ser. Te he vuelto a encontrar a ti, Sigurd, mi valiente hermano, tan fiel como siempre a nuestra vieja amistad. El hijo de Arnulfo está aquí bajo mi techo, y él, el anciano, vendrá también pronto. ¿No es así?

THOROLF.—Así lo ha prometido.

GUNNAR.—Solo me falta mi Egil.

THOROLF.—Parece que te es muy caro; lo recuerdas muy a menudo.

GUNNAR.—Me es muy caro, sí. Es mi hijo único y ha de ser hermoso y bueno.

HIORDIS.—Pero no será nunca un guerrero.

GUNNAR.—¿Cómo puedes decir eso?

SIGURD.—¡Lástima que lo hubieses dejado marchar!

GUNNAR.—¡Ojalá no lo hubiese hecho! (*A media voz.*) Pero ya lo sabes, Sigurd: se obra a veces irracionalmente cuando se ama a un ser sobre todo. (*En alta voz.*) Éramos poca gente aquí en casa y ninguno de nosotros podía estar seguro de su vida cuando oímos que Arnulfo con sus galeras estaba en la bahía.

HIORDIS.—Yo sé de una cosa que debe salvarse ante todo; solo después puede pensarse en la vida.

THOROLF.—¿Y esa cosa sería...?

HIORDIS.—La fama y la reputación ante las gentes.

GUNNAR.—¡Hiordis!

SIGURD.—Nadie podrá decir de Gunnar que ha desmerecido en su honra por este hecho.

GUNNAR.—(*Con severidad.*) No has de conseguir excitarme contra la familia de Arnulfo.

HIORDIS.—(*Sonriendo.*) ¡Ja, ja! Dime, Sigurd, ¿tu barco puede navegar con todos los vientos?

SIGURD.—Para eso no hay más que dirigirlo hábilmente.

HIORDIS.—Pues yo he de dirigir también con habilidad mi barco, y así llegará a su destino. (*Se va hacia el fondo.*)

DAGNY.—(*En voz baja, inquieta.*) ¡Sigurd, vayámonos... esta noche misma!

SIGURD.—Ahora es ya tarde. Y tú misma querías...

DAGNY.—Entonces me era aún Hiordis cara. Pero ahora... ¡Le he oído cosas en las que no puedo pensar sin espanto!

(*Por la puerta del fondo entran los hombres de Sigurd y otros huéspedes, hombres, mujeres, criados y criadas.*)

GUNNAR.—(*Después de una corta pausa, empleada en mutuos saludos.*) Vamos ahora a beber. Mi huésped principal, Arnulfo de Fjord, vendrá más tarde; Thorolf me lo ha prometido.

HIORDIS.—(*A los servidores.*) Escanciad cerveza y aguamiel. Eso desatará las lenguas y alegrará los ánimos.

(*Gunnar conduce a Sigurd al asiento de honor de la derecha. Dagny se sienta a la derecha de su marido. Hiordis enfrente, al otro lado de la misma mesa. A Thorolf se le señala del mismo modo un asiento en otra mesa. Gunnar se sienta frente al gran asiento de honor. Los demás toman asiento hacia el fondo.*)

HIORDIS.—(*Después de una pausa corta, durante la cual se bebe y se habla en voz baja.*) Raras veces acontece que se reúnan en una mesa tantos hombres valientes, como ocurre hoy en esta sala. Por eso estaría bien, siguiendo el antiguo uso, que cada cual contase sus hazañas, para que en vista de ellas pudiera decidirse quién era el más valiente de todos.

GUNNAR.—Esa costumbre es imprudente; de ella se originan a menudo pendencias.

HIORDIS.—No sabía yo que Gunnar fuera miedoso.

SIGURD.—Ni lo cree nadie. Pero si cada uno de nosotros quisiese relatar sus hazañas, tarde terminaríamos. Mejor será que nos cuentes, Gunnar, de tu viaje a Bjarmeland. Llegar tan arriba es una notable hazaña, y con gusto oiríamos tu relación.

HIORDIS.—El viaje a Bjarmeland es empresa de marinero y no hazaña propia para mentarla en presencia de héroes. No. Comienza tú, Sigurd. Si no quieres que crea que no oyes con gusto alabanzas de mi esposo, habla. Di cuál de tus hazañas es para ti la mayor.

SIGURD.—Si me obligas a ello, sea. Cuando una vez en mis expediciones me encontraba en Orknö, se aparecieron los enemigos ante nosotros; salimos a su encuentro abandonando los barcos, y yo solo luché contra ocho hombres.

HIORDIS.—Buena fue la hazaña. ¿Pero ibas armado?

SIGURD.—Armado por completo: con hacha, lanza y escudo.

HIORDIS.—A pesar de eso la hazaña fue grande. Ahora te toca a ti, esposo mío, declarar cuál de tus hazañas te parece la más gloriosa.

GUNNAR.—(*Con poco gusto.*) Una vez maté a dos piratas que habían robado un barco mercante. A continuación envié a sus casas a los marineros prisioneros, y les devolví el barco sin exigirles rescate alguno. Al rey de Inglaterra le agradó mucho mi acción: declaró que había obrado con honor, y me dio por ello las gracias y cuantiosos regalos.

HIORDIS.—Yo creo, Gunnar, que hubieses podido aducir una hazaña mucho mayor.

GUNNAR.—(*Violento.*) No me alabo de hazaña otra alguna. Desde que hice la última expedición a las costas de Islandia, he vivido aquí en paz, dedicado a la navegación. Y ahora, no se hable más de eso.

HIORDIS.—Si tú mismo no quieres hablar de tus hechos gloriosos, lo hará por ti tu mujer.

GUNNAR.—¡Hiordis, calla! ¡Te lo ordeno!

HIORDIS.—Sigurd luchó él solo contra ocho hombres, armado de todas armas. Y Gunnar fue a mi dormitorio en medio de las tinieblas de la noche, mató al oso, que era tan fuerte como veinte hombres, y todo esto sin llevar más que una espada corta en la mano.

GUNNAR.—(*Enérgicamente.*) ¡Mujer, ni una palabra más!

DAGNY.—(*En voz baja.*) Sigurd..., no tolerarás...

SIGURD.—(*En el mismo tono.*) Estate tranquila.

HIORDIS.—(*A los demás.*) Y ahora vosotros, valientes, decid: ¿quién es más valeroso, Sigurd o Gunnar?

GUNNAR.—¡Calla!

HIORDIS.—(*Levantando la voz.*) ¡Hablad! Tengo derecho a pedirlo.

UN ANCIANO.—Si hemos de decir la verdad, la hazaña de Gunnar es la más grande que jamás hombre alguno haya realizado. Gunnar es el héroe más valeroso; tras él viene Sigurd.

GUNNAR.—¡Oh Sigurd, Sigurd! ¡Si tú supieses!

DAGNY.—(*En voz baja.*) Esto es demasiado, aun por un amigo.

SIGURD.—(*En voz baja.*) ¡Calla, esposa mía! (*Alto, a los demás.*) Sin duda es Gunnar el más glorioso de todos los hombres. Y en tal concepto habría de tenerle hasta el último día de mi vida aunque no hubiera realizado aquella hazaña, pues esta no la tengo yo en tanto como vosotros.

HIORDIS.—La envidia te hace hablar así, Sigurd el *Wiking*.

SIGURD.—(*Sonriéndose.*) Te equivocas en eso, mujer. (*Amistosamente a Gunnar, al mismo tiempo que bebe una copa.*) Salud, noble Gunnar. Nuestra amistad ha de permanecer firme aunque alguien intente destruirla.

HIORDIS.—Que yo sepa, no lo intenta nadie.

SIGURD.—No digas eso. Casi me siento inclinado a creer que no nos has invitado para otra cosa que para sembrar enemistades entre nosotros.

HIORDIS.—Eso se te figurará a ti, Sigurd. Ahora estás colérico porque no puedes pasar aquí como el primero.

SIGURD.—Siempre he tenido a Gunnar por más alto que yo mismo.

HIORDIS.—Sí, es verdad... El puesto detrás de Gunnar no es malo. (*Con una ojeada a Thorolf.*) Y si estuviese aquí Arnulfo, hubiera ocupado el tercer puesto.

THOROLF.—Entonces tu padre Jokul hubiera tenido que colocarse muy lejos, pues tuvo que ceder ante Arnulfo.

(El cruce de palabras que sigue va adquiriendo una violencia creciente, pero cada vez más contenida.)

HIORDIS.—¿Cómo te atreves a hablar así? Arnulfo es un escalda. Y es fama en todo el país que se alaba de hazañas más grandes que las que realmente realizó.

THOROLF.—¡Ay del que dijere eso tan alto que llegase a mis oídos!

HIORDIS.—*(Con sonrisa de reto.)* ¿Pretenderías tú tomar venganza?

THOROLF.—Cierto. Y tal, que en todo el país se hablase de ella.

HIORDIS.—Entonces quiero vaciar mi cuerno para que te salga un poco de pelo en la cara.

THOROLF.—Para pelear con mujeres basta un mozo lampiño.

HIORDIS.—Pero es muy tierno para luchar con hombres. Por eso te dejaba tu padre allá en Islandia al arrimo del fuego mientras tus hermanos se marchaban a combatir.

THOROLF.—¡Lástima ha sido que no te guardase a ti del mismo modo! Así no hubieras desaparecido de casa como mujer raptada.

GUNNAR Y SIGURD.—¡Thorolf!

DAGNY.—*(Al mismo tiempo.)* ¡Hermano mío!

HIORDIS.—*(En voz baja y temblando de cólera.)* ¡Ah, espera..., espera un poco!

THOROLF.—*(Alargando la mano a Gunnar.)* No te incomodes conmigo, Gunnar; es verdad que he pronunciado palabras ofensivas, pero es que tu esposa me ha excitado.

DAGNY.—*(En voz baja y suplicante.)* ¡Hermana mía! Si alguna vez te he sido cara, no promuevas aquí ninguna disputa.

HIORDIS.—*(Sonriendo.)* En el convite son necesarias las bromas, si ha de reinar la alegría.

GUNNAR.—*(Que ha estado hablando en voz baja con Thorolf.)* ¡Eres un mozo valiente! *(Le da una espada que colgaba al lado del asiento de honor.)* Aquí tienes un buen regalo. Úsala bien, y deja que seamos amigos.

HIORDIS.—Gunnar, no debías regalar tus propias armas. Si no, van a decir que te separas de cosas de que ya no haces uso.

THOROLF.—(*Que ha estado entretanto examinando la espada.*) Gracias por el regalo, Gunnar; no la sacaré jamás en combate deshonoroso.

HIORDIS.—Si quieres cumplir tu promesa, no se la prestes nunca a tus hermanos.

GUNNAR.—¡Hiordis!

HIORDIS.—(*Continuando en el mismo tono.*) Ni la cuelgues en la casa de tu padre; porque si no, estaría entre armas de hombres sin honra.

THOROLF.—Eso es más que verdad, Hiordis. El escudo y el hacha de tu padre están allí colgados desde hace muchos años.

HIORDIS.—(*Dominándose.*) Que Arnulfo mató a mi padre... De esa hazaña hablas sin cesar. Y sin embargo, según un rumor, el hecho no fue tan glorioso como tú dices.

THOROLF.—¿De qué rumor hablas?

HIORDIS.—(*Sonriendo.*) No me atrevo a declararlo. Te encolerizarías.

THOROLF.—Pues entonces, calla; eso será mejor. (*Volviéndose hacia otro lado.*)

HIORDIS.—Bien; habrá que decirlo. ¿Es verdad, Thorolf, que tu padre estuvo sentado, vestido de mujer, durante tres noches ante la cubeta mágica, y que tomó un filtro encantado antes de atreverse a acudir al duelo con Jokul?

(*Toda la concurrencia se pone en pie; gran sensación.*)

GUNNAR, SIGURD Y DAGNY.—¡Hiordis!

THOROLF.—(*Profundamente indignado.*) Tan miserable calumnia contra Arnulfo de Fjord no la has oído nunca. Tú misma la has inventado, pues solo quien esté como tú, llena de veneno, puede inventar una cosa tan inaudita. La acción más vil que puede cometer un hombre se la has atribuido tú a mi padre. (*Arroja la espada.*) Gunnar, ahí te devuelvo tu regalo. Yo no puedo llevar nada de la casa donde se ha insultado a mi padre.

GUNNAR.—¡Thorolf, calla de una vez!

THOROLF.—¡Déjame que me vaya! Pero tened cuidado vosotros dos, tú y Hiordis, pues a estas horas está en poder de mi padre lo más caro que poseéis.

HIORDIS.—(*Espantada.*) ¿Tu padre ha...?

GUNNAR.—(*Grita.*) ¿Qué dices?

SIGURD.—(*Inquieto.*) ¿Dónde está Arnulfo?

THOROLF.—(*Sonriendo sarcásticamente.*) Navega hacia el sur con mis hermanos.

HIORDIS.—¡Gunnar! ¡Arnulfo ha matado a nuestro Egil!

GUNNAR.—¡Egil! ¡Egil muerto! ¡Ay, si es verdad, de Arnulfo y toda su casta! Thorolf, habla. ¿Eso es verdad?

SIGURD.—¡Gunnar, Gunnar!... Escúchame.

GUNNAR.—Habla si estimas tu vida.

THOROLF.—¡No creas que vas a espantarme! Aguarda hasta que vuelva mi padre. Volverá a tu casa como enemigo. Y tú, Hiordis, piensa en las palabras que hoy llegaron a mis oídos. Cuando llegue la noche, habrán dejado Gunnar y Hiordis de tener hijo. (*Sale apresuradamente por la puerta del fondo.*)

GUNNAR.—(*Con el dolor más profundo.*) ¡Muerto!... ¡Muerto! ¡Mi pobre Egil muerto!

HIORDIS.—(*Con salvaje ímpetu.*) ¡Y tú..., tú dejas que el otro se vaya! ¡Dejas sin venganza a nuestro hijo! ¡Todos tendrán derecho a llamarte cobarde si no...!

GUNNAR.—(*Fuera de sí.*) ¡Una espada! ¡Un hacha! Esta ha sido su última embajada. (*Le arranca a uno de los concurrentes el hacha, y se precipita por la puerta del fondo.*)

SIGURD.—(*Intentando seguirle.*) ¡Gunnar, ten calma!

HIORDIS.—(*Deteniéndole.*) ¡Quédate, quédate! Los hombres los separarán; conozco a Gunnar.

(*De entre la multitud que se ha agolpado en la puerta del fondo sale un grito.*)

SIGURD Y DAGNY.—¿Qué es eso?

UNA VOZ DE ENTRE LA MUCHEDUMBRE.—¡Thorolf ha caído!

SIGURD.—¡Thorolf!... ¡Ah, dejadme!... (*Quiere salir, pero en el mismo momento se abre la multitud para dejar paso a Gunnar, que vuelve, y que al entrar arroja el hacha.*)

GUNNAR.—Ya está hecho. ¡Egil queda vengado!

SIGURD.—¡Ojalá que no te hayas precipitado!

GUNNAR.—¡Puede ser, puede ser!... ¡Pero Egil, mi niño querido...!

HIORDIS.—Ahora es preciso que nos armemos y que busquemos ayuda entre nuestros amigos, pues Thorolf tiene muchos vengadores.

GUNNAR.—Él mismo ha de ser su mejor vengador; su recuerdo no me abandonará ya más.

HIORDIS.—Thorolf recibió su merecido. El allegado tiene que pagar por el hecho de sus allegados.

GUNNAR.—Será verdad. Pero mi ánimo estaba más tranquilo antes de esa muerte.

HIORDIS.—La noche que sigue al derramamiento de sangre es la peor; una vez pasada, ya está. Arnulfo ha conseguido su venganza con astucia traidora. No se atrevió a ponerse frente a nosotros en lucha franca. Finge venir con intenciones de acomodo... ¡y luego cae de ese modo sobre nuestro hijo indefenso! ¡Ah! Yo veía más claro que vosotros; yo sabía que Arnulfo venía con intenciones traidoras. ¡Ya ves si tenía razón al excitarte contra él y su casta!

GUNNAR.—(*Conmovido.*) ¡Tienes razón! Para la traición de Arnulfo es pequeña mi venganza. Ha perdido a Thorolf, pero le quedan aún seis hijos y yo no tengo ninguno, ¡ninguno!

UN CRIADO.—(*Entra apresuradamente por la puerta del centro.*) ¡Arnulfo de Fjord viene!

GUNNAR.—¡Arnulfo!

HIORDIS Y ALGUNOS HOMBRES.—¡A las armas! ¡A las armas!

DAGNY.—(*Al mismo tiempo.*) ¡Padre mío!

SIGURD.—(*Como asaltado de un presentimiento.*) ¡Arnulfo!... ¡Ah, Gunnar, Gunnar!

GUNNAR.—(*Sacando la espada.*) ¡Arriba todos! ¡Venganza por la muerte de Thorolf!

(*Entra Arnulfo, trayendo a Egil en sus brazos.*)

GUNNAR.—¡Egil!

ARNULFO.—¡Aquí os devuelvo a vuestro amado hijo!

TODOS.—¡Egil! ¡Egil vive!

GUNNAR.—(*Dejando caer la espada.*) ¡Ay de mí! ¡Qué es lo que he hecho!

DAGNY.—¡Ay, Thorolf, hermano mío!

ARNULFO.—(*Dejando en el suelo a Egil.*) Gunnar, aquí tienes a tu niño.

EGIL.—Padre, el viejo Arnulfo no quería hacerme daño, como tú decías cuando me enviaste afuera.

ARNULFO.—(*A Hiordis.*) Ya he pagado el rescate por la muerte de tu padre. Pienso que ahora podremos avenirnos.

HIORDIS.—(*Con un gesto seco.*) ¡Puede ser!

GUNNAR.—(*Como si despertase de una pesadilla.*) ¿No es un sueño lo que está pasando ante mis ojos?... ¿Me devuelves de veras a Egil?

ARNULFO.—Ya lo ves. Pero quiero que sepas que estuvo cerca de la muerte.

GUNNAR.—Eso ya lo sé.

ARNULFO.—¿Y no te alegras de recobrarlo?

GUNNAR.—Si hubiera llegado primero me hubiera alegrado más. Mas cuéntame lo acaecido.

ARNULFO.—Puede contarse pronto. Kore, que abrigaba siniestros planes contra vosotros, marchó con otros cómplices hacia el sur.

GUNNAR.—¡Kore! ¡Ay, ahora entiendo las palabras de Thorolf!

ARNULFO.— Su propósito llegó a mis oídos; yo me dispuse a impedir que tal traición se realizase. Rescate por Jokul no quería pagarlo, y te hubie-
ra matado sin inconveniente en duelo, Gunnar, si ello hubiese sido
necesario...; pero a tu descendencia debía protegerla; por eso marché con
mis hijos en seguimiento de Kore.

SIGURD.—(*En voz baja.*) ¡Qué horror se ha perpetrado aquí!

ARNULFO.— Cuando yo llegué estaban atados los guardianes de Egil; tu
hijo había ya caído en poder de sus enemigos, y no hubieran esperado mu-
cho para deshacerse de él. Se produjo una lucha sangrienta. Pocas veces ha
tenido mi espada que golpear con tal violencia. Al cabo, Kore y dos de los
suyos huyeron; los demás duermen profundamente y no volverán a
despertar.

GUNNAR.—(*En la mayor excitación.*) ¡Pero tú..., tú, Arnulfo...!

ARNULFO.—(*Sombríamente.*) Seis hijos fueron conmigo.

GUNNAR.—(*Sin aliento.*) ¿Y volvieron?...

ARNULFO.— No volvió ninguno.

GUNNAR.—(*Horrorizado.*) ¿Ninguno? (*A media voz.*) ¡Oh, Thorolf,
Thorolf! (*Movimiento de horror en la multitud. Hiordis parece que libra
una ruda lucha interior. Dagny llora en el asiento de honor de la derecha.
Sigurd está a su lado hondamente conmovido.*)

ARNULFO.—(*Tras una corta pausa.*) Es terrible sentirse como un olmo
coposo, y encontrarse de pronto con que una sola tormenta le ha quitado a
uno todas las ramas. Pero tras unos hombres vendrán otros...; dadme acá el
cuerno; tengo que beber a la memoria de mis hijos. (*Uno de los hombres de
Sigurd le trae un cuerno.*) ¡Salud a vosotros, hijos míos, que ahora cabal-
gáis hacia el Walhalla! Las puertas de bronce se abrirán ante vosotros, pues
tenéis muchas víctimas en vuestro séquito. (*Bebe y devuelve el cuerno.*) Y
ahora volvamos a Islandia. Las expediciones guerreras de Arnulfo han ter-
minado. El viejo árbol no tiene ya más que una rama verde y esa hay que
cuidarla. ¿Dónde está Thorolf?

EGIL.—(*A su padre.*) Sí, déjame ver a Thorolf. Arnulfo me ha dicho que
me iba a hacer un barco con muchos, muchos guerreros dentro.

ARNULFO.—Debo dar gracias a todos los buenos espíritus de que Thorolf no hubiera ido conmigo también. Pues si también él... No, por fuerte que yo sea, soportar eso hubiera sido muy difícil. ¿Pero por qué no viene? Siempre es él quien primero sale a recibir a su padre; porque a los dos nos parece como si no pudiésemos estar un día sin vivir juntos.

GUNNAR.—¡Arnulfo! ¡Arnulfo!

ARNULFO.—(*Con inquietud creciente.*) Estáis todos silenciosos alrededor de mí; ahora reparo en ello... ¿Qué pasa? ¿Dónde está Thorolf?

DAGNY.—¡Sigurd, Sigurd! ¡Es un golpe terrible para él!

GUNNAR.—(*Luchando consigo mismo.*) ¡Buen anciano!... ¡No!... Y sin embargo no puede ocultarse...

ARNULFO.—(*Impaciente.*) ¡Mi hijo! ¿Dónde está?

GUNNAR.—¡Thorolf ha muerto!

ARNULFO.—¡Muerto! ¿Thorolf? ¿Thorolf? ¡No! ¡Tú mientes!

GUNNAR.—¡La sangre caliente de mi corazón diera por volverle a la vida!

HIORDIS.—(*A Arnulfo.*) Thorolf mismo tiene la culpa de lo que ha ocurrido. Entre palabras oscuras dio a entender que tú habías sorprendido y matado a Egil...; nos habíamos separado medio enemistados; tú has matado ya a uno de mi casta..., y además..., Thorolf, como un mozo imprudente, se excitó por una broma, contestó con palabras duras a ella...; entonces comenzó a encolerizarse Gunnar; solo entonces levantó el arma contra tu hijo. Creo que tenía causas bastantes para hacerlo.

ARNULFO.—(*Tranquilamente.*) Bien se ve que eres una mujer. No son necesarias tantas palabras. ¿Para qué? Si Thorolf ha muerto, terminó su canción.

EGIL.—Ahora no tendré yo mis guerreros.

ARNULFO.—Sí, Egil; hemos perdido nuestros héroes nosotros dos. (*A Hiordis.*) Al morir dijo tu padre: «La estirpe de Jokul no ha de procurar más que muerte al matador de Jokul». Tú has cuidado de que sus palabras se cumpliesen. (*Calla un momento y luego se dirige a uno de los hombres.*) ¿Dónde recibió mi hijo el golpe de muerte?

EL HOMBRE.—En la frente.

ARNULFO.—(*Satisfecho.*) Es un sitio honroso. No ha vuelto las espaldas. Y ¿cayó de lado o a los pies de Gunnar?

EL HOMBRE.—La mitad de lado y la mitad a los pies de Gunnar.

ARNULFO.—Eso no significa más que media venganza. Bien, bien...; ya veremos...

GUNNAR.—(*Acercándose.*) Arnulfo, ya sé que todo mi haber no es bastante a compensarte de tu pérdida. Pero pide de mí lo que quieras.

ARNULFO.—(*Secamente.*) Dame el cadáver de Thorolf y déjame marchar. ¿Dónde está? (*Gunnar, con un gesto mudo, señala hacia el fondo. Arnulfo da un par de pasos y luego se vuelve hacia Dagny, Sigurd y otros varios que quieren seguirle y con voz tonante les dice*): ¡Quedaos! ¿Creéis que Arnulfo necesita un cortejo funeral como una mujer plañidera? ¡Quedaos, os digo!... Yo solo basto para conducir a Thorolf. (*Con tranquila dignidad.*) Sin hijo salgo de aquí; mas nadie habrá de decir nunca que me vio doblegarme al peso de la desgracia. (*Lentamente se va hacia afuera.*)

HIORDIS.—(*Con sonrisa forzada.*) Dejadle que se vaya según su voluntad. Si torna en son de guerra, no necesitaremos ser muchos para defendernos de él. Pero creo, Dagny, que esta será la última vez que tu padre salga de Islandia con tales intenciones.

SIGURD.—(*Indignado.*) ¡Oh, qué vergüenza!

DAGNY.—(*En el mismo tono.*) ¡Te atreves a insultarle todavía! ¡A insultarle después de lo que aquí ha ocurrido!

HIORDIS.—Realizado el hecho, hay que elogiarlo. Esta mañana le juré a Arnulfo odio y venganza. Yo podía olvidar la muerte de Jokul...; todo podría olvidarlo; pero no el haberme insultado. Concubina me llamó. Aunque lo fuera, ya no me avergonzaría, pues Gunnar es ahora más poderoso que tu padre y más glorioso y valiente que Sigurd, tu esposo.

DAGNY.—(*Con profunda emoción.*) Te equivocas, Hiordis...; y ahora ha de saber todo el mundo que vives bajo el techo de un cobarde.

SIGURD.—(*Severamente.*) ¿Qué pretendes hacer, Dagny?

GUNNAR.—¡Cobarde!

DAGNY.—(*Sonriendo sarcásticamente.*) No quiero guardar más el secreto. Callé cuando injuriabas a mi padre y a mi hermano caído; callé mientras Arnulfo estaba presente, pues no quería que supiese que su hijo había caído a manos de un cobarde. Pero ahora..., ¡ahora no podrás elogiar más a Gunnar por aquella hazaña! ¡Gunnar es un cobarde! La espada desnuda que estaba entre ti y el raptor, cuelga ahora del cinto de mi esposo, y la pulsera de oro que desprendiste de tu brazo se la diste a Sigurd. (*Saca la pulsera y la muestra.*) ¡Aquí está!

HIORDIS.—(*Con violencia salvaje.*) ¡Sigurd!

LA MUCHEDUMBRE.—¡Sigurd! ¡De Sigurd fue la hazaña!

HIORDIS.—(*Temblorosa de emoción.*) ¡Él! ¡Él!... ¿Es eso verdad, Gunnar?

GUNNAR.—(*Con noble calma.*) Palabra por palabra... Lo que no es verdad es que yo sea un cobarde. No soy ni un cobarde ni un malvado.

SIGURD.—(*Conmovido.*) ¡No, no lo eres, Gunnar! ¡No lo has sido nunca! (*A los demás.*) ¡Y ahora, los míos fuera de aquí!

DAGNY.—(*A la salida, a Hiordis.*) ¿Quién es ahora el hombre más valiente, tu esposo o el mío? (*Se va con Sigurd y su séquito.*)

HIORDIS.—(*Para sí.*) Ahora no tendré más que un pensamiento. Sigurd o yo tenemos que morir.

ACTO TERCERO

En casa de Gunnar. La misma sala del acto anterior. Es de día. Hiordis sola: está sentada en el pequeño asiento de honor y ocupada en tejer la cuerda de un arco. Sobre la mesa hay un arco con varias flechas.

HIORDIS.—*(Estirando la cuerda.)* Es fuerte y resistente. *(Mirando la flecha.)* Y la flecha es larga y aguda... *(Dejando caer sus manos en el regazo.)* ¿Pero dónde encontrar la mano que...? *(Con furia.)* ¡Injuriada, injuriada por él..., por Sigurd! Siento que le odio más que a todos los demás; pero solo unos días más y habré... *(Cavilando.)* Sí, pero el brazo, ¡el brazo que se encargue de ello...!

(Entra por la puerta del fondo, silencioso y meditabundo, Gunnar.)

HIORDIS.—*(Tras una pausa corta.)* ¿Cómo estás, esposo mío?

GUNNAR.—Mal, Hiordis; el recuerdo de ayer pesa sobre mi corazón y no quiere alejarse.

HIORDIS.—Haz lo que yo: procúrate una labor que te distraiga.

GUNNAR.—Tendré que hacerlo así. *(Pausa. Gunnar pasea arriba y abajo; luego se fija en el trabajo de Hiordis y se acerca a ella.)* ¿Qué estás haciendo?

HIORDIS.—*(Sin levantar la cabeza.)* Ya lo ves: estoy trenzando una cuerda de arco.

GUNNAR.—¿Una cuerda de arco de tus propios cabellos?

HIORDIS.—(*Sonriendo.*) En este tiempo trae cada hora una nueva acción heroica. Tú mataste a mi hermano adoptivo y yo he trenzado todo esto desde esta madrugada.

GUNNAR.—¡Hiordis! ¡Hiordis!

HIORDIS.—(*Mirándole.*) ¿Qué pasa?

GUNNAR.—¿Dónde estuviste esta noche?

HIORDIS.—¿Esta noche?

GUNNAR.—En tu dormitorio no fue.

HIORDIS.—¿Lo sabes?

GUNNAR.—No podía conciliar el sueño. Lo... lo que pasó con Thorolf me producía pesadillas; me parecía que tornaba de nuevo...; entonces desperté. Se oía un canto maravilloso y dulce; me levanté y abrí lentamente la puerta... Habías encendido una hoguera que daba llamas rojas y azules..., y sentada ante ella cantabas canciones mágicas y cortabas flechas.

HIORDIS.—Era una tarea muy necesaria, pues el pecho que hoy hay que atravesar es fuerte.

GUNNAR.—Ya te entiendo; tú quieres matar a Sigurd.

HIORDIS.—Puede ser.

GUNNAR.—Pues eso no ocurrirá nunca. Por mucho que quieras excitarme contra él, permaneceré en paz con Sigurd.

HIORDIS.—(*Riendo.*) ¿Lo crees así?

GUNNAR.—Lo sé.

HIORDIS.—(*Dándole la cuerda del arco.*) Dime, Gunnar, ¿puedes deshacer este nudo?

GUNNAR.—(*Intentándolo.*) No; está anudado demasiado fuertemente.

HIORDIS.—(*Poniéndose en pie.*) Más fuertemente están anudados los tejidos de las Normas; tampoco esos lograrás deshacerlos.

GUNNAR.—Los caminos de los todopoderosos son tortuosos e indescifrables y nosotros dos no podemos conocerlos.

HIORDIS.—Mas una cosa sé de cierto. Sigurd nos traerá a ambos la desgracia.

(Pausa. Gunnar se queda pensativo.)

HIORDIS.—*(Que le ha observado en silencio.)* ¿En qué piensas?

GUNNAR.—En un sueño que tuve hace poco. Soñaba que se había realizado lo que tú ahora me pides. Sigurd yacía muerto en el suelo; tú estabas allí pálida como una muerta. Entonces te pregunté: «¿Estás satisfecha ahora que ha ocurrido lo que tú deseabas?...» Y tú te reíste y contestaste: «Más satisfecha estaría si tú estuvieses como Sigurd está».

HIORDIS.—*(Sonriendo forzosamente.)* Mal debes conocerme cuando un sueño tan desatinado puede contenerte.

GUNNAR.—¡Hum!... Dime, Hiordis, ¿te gusta esta sala?

HIORDIS.—Si he de hablar con verdad, a veces me parece demasiado estrecha.

GUNNAR.—Sí, sí... Ya me lo había yo figurado. Aquí sobra uno.

HIORDIS.—Y quizás dos.

GUNNAR.—*(Que no ha oído sus palabras.)* Ese mal hay que remediarlo.

HIORDIS.—*(Mirándole interrogativamente.)* ¿Hay que remediarlo? ¿Es que acaso piensas...?

GUNNAR.—Pienso armar mis galeras y hacerme a la mar. Quiero recuperar la honra que perdí porque te amaba por sobre todo.

HIORDIS.—*(Pensativa.)* ¿Quieres marcharte? Sí; puede ser que sea lo mejor para ambos.

GUNNAR.—Ya desde el día que abandonamos Islandia comprendí que no podríamos terminar bien. Eres orgullosa y fuerte; hasta hay momentos en que me inspiras miedo. Y, sin embargo, cosa extraña, por eso mismo te quiero tanto. Tienes un terrible poder mágico; siento que podrías arrastrarme a cometer malas acciones y que me había de parecer bien cuanto tú me propusieras. *(Moviendo suavemente la cabeza.)* Los designios de las Normas son inescrutables; Sigurd hubiera debido ser tu esposo.

HIORDIS.—(*Poniéndose en pie.*) ¡Sigurd!

GUNNAR.—Sí, Sigurd. La venganza y el odio te ciegan; si no, sabrías apreciarle mejor. Si yo hubiera sido como Sigurd, hubiese sido más dichosa tu vida.

HIORDIS.—(*Con ímpetu violento y contenido.*) ¿Y tú crees que... que eso hubiera podido hacerlo Sigurd?

GUNNAR.—Es fuerte y además orgulloso como tú.

HIORDIS.—(*Con ardor.*) Si eso es así... (*Conteniéndose.*) Pero es lo mismo, lo mismo. (*Con impetuosidad salvaje.*) ¡Gunnar, mata a Sigurd!

GUNNAR.—¡Nunca!

HIORDIS.—Me hiciste tu mujer con astucia y engaño... Lo olvidaré. He pasado aquí cinco años desdichados... ¡Todo lo olvidaré desde el día en que Sigurd haya dejado de existir!

GUNNAR.—Mi mano no le reportará desgracia alguna. (*Vacila a pesar suyo.*) ¡Hiordis, Hiordis, no me tientes!

HIORDIS.—Entonces tendré que buscar otro vengador. No puedo consentir que Sigurd siga injuriándonos a los dos. (*Retorciéndose las manos con terrible furia.*) Quizás está sentado ahora a su lado acariciándola...; al lado de la simple, y se burla de nosotros; la habla de toda la burla que me hizo cuando me robó en tu lugar; la cuenta cómo reía cuando sin que yo le conociera estaba a mi lado en la oscura alcoba.

GUNNAR.—Eso no lo hace él; estoy seguro de que eso no lo hace.

HIORDIS.—(*Con violencia.*) ¡Sigurd y Dagny tienen que morir! No podré respirar libremente hasta que ambos hayan desaparecido del mundo. (*Se acerca a él y con ímpetu violento, pero susurrando, le dice mientras llaman sus ojos*): ¿No podrías ayudarme a ello, Gunnar?... Entonces podría quererte. ¡Entonces te estrecharía entre mis brazos con una fuerza y un fuego que tú no soñaste nunca!

GUNNAR.—(*Vacilando.*) ¡Hiordis! ¿Quieres...?

HIORDIS.—Ponte a la obra, Gunnar; luego habrán terminado los días malos. No volveré a marcharme de la habitación al entrar tú, ni pronunciaré más palabras agrias para amargar tu sonrisa cuando estás alegre. Me vestiré

pieles y trajes hermosos; te seguiré cuando vayas a la guerra; cuando cabalgues cabalgaré a tu lado; en los banquetes me sentaré junto a ti y llenaré tu cuerno, y beberé contigo y te cantaré amorosas canciones que pongan gozo a tu corazón.

GUNNAR.—(*Ya casi vencido.*) ¿De veras? ¿Quisieras...?

HIORDIS.—Mucho más que eso, diez veces más que eso; créemelo. ¡Pero venganza! ¡Venganza en Sigurd y en Dagny!... Y yo quiero... (*Se detiene al abrirse la puerta.*) ¡Dagny! ¿Tú aquí?

(*Entra Dagny por la puerta del fondo.*)

DAGNY.—¡Date prisa, Gunnar!... ¡Arma a tus hombres!

GUNNAR.—¿Armarse? ¿Contra quién?

DAGNY.—Kore viene hacia aquí con muchos desterrados. Viene con malas intenciones contra ti; Sigurd acaba de estorbarle sus planes, mas quién puede saber si...

GUNNAR.—(*Conmovido.*) ¡Eso hizo por mí Sigurd!

DAGNY.—Sigurd es un fiel amigo tuyo.

GUNNAR.—¡Y nosotros, Hiordis..., nosotros hemos pensado...! ¡Ah! Tenía yo razón. Tus palabras tienen un poder mágico. Todas las acciones me parecen grandes cuando tú me las sugieres.

DAGNY.—(*Asombrada.*) ¿A qué te refieres?

GUNNAR.—¡Nada, nada! Gracias por la embajada, Dagny. Voy ahora a reunir mis criados. (*Se va hacia la salida, pero se detiene y vuelve.*) Dime... ¿Cómo está Arnulfo?

DAGNY.—(*Inclinando la cabeza.*) No preguntes acerca de eso. Ayer ha transportado al barco el cadáver de Thorolf. Ahora está abriendo una sepultura en la arena... En ella quiere que descansen los restos de sus hijos.

(*Gunnar se va silencioso por la puerta del fondo.*)

DAGNY.—Hasta la noche no hay peligro alguno. (*Acercándose más.*) Tengo todavía algo que hacer aquí en la casa. Hiordis, yo he venido para verte a ti.

HIORDIS.—¿A mí? ¡Después de lo ocurrido ayer!

DAGNY.—Precisamente por eso. Hiordis, hermana mía, no me guardes odio; olvida las palabras que el dolor y los espíritus malignos pusieron en mis labios. Perdóname todo el dolor que haya podido causarte, pues, ¡créeme!, ahora soy yo mucho más desgraciada que tú.

HIORDIS.—¡Desgraciada tú!... ¡La mujer de Sigurd!

DAGNY.—Todo lo acontecido es obra mía... Yo fui quien hizo que la lucha estallase, que Thorolf cayese, que las burlas se dirigiesen contra ti y contra Gunnar. ¡De todo ello tengo yo la culpa! ¡Oh dolor! Mi suerte era como pocas feliz; mas de este día en adelante no volveré a tener alegría.

HIORDIS.—(*Como cayendo de pronto.*) Pero antes..., en los cinco largos años..., en todo ese tiempo, ¿fuiste feliz?

DAGNY.—¿Lo dudas?

HIORDIS.—¡No sé! Ayer no lo dudaba, pero...

DAGNY.—¿Qué quieres decir?

HIORDIS.—¡Ah, no mucho! Hablemos de otras cosas.

DAGNY.—¡No, de ningún modo! ¡Hiordis, dime...!

HIORDIS.—De poco puede servir. Pero si tú lo pides... (*Con expresión maligna.*) ¿Te acuerdas?... Era allá en Islandia; estábamos con tu padre sentadas con nuestras compañeras según uso y costumbre. En esto entraron dos forasteros.

DAGNY.—Sigurd y Gunnar.

HIORDIS.—Nos saludaron con la cortesía acostumbrada, sentáronse con nosotras en el banco y comenzamos a bromear. Algunos querían saber por qué habían venido los dos guerreros y si pensaban llevarse mujeres de la isla. Entonces dijo Sigurd: «Difícil será que yo encuentre una mujer tal como mi corazón la pide». Arnulfo se sonrió y replicole que no faltaban en Islandia nobles y ricas mujeres. Mas Sigurd respondió: «El héroe necesita una mujer de noble orgullo y elevados pensamientos. La que yo elija no deberá conformarse con una suerte pequeña. Ningún honor ha de parecerle demasiado para aspirar a él; habrá de seguirme a la guerra y vestir armadura y coraza; habrá de excitarme a la lucha y el brillo de las espadas no habrá de

conmover su rostro; pues si fuese de ánimo encogido poca honra podría traerme». ¿No es verdad que así habló Sigurd?

DAGNY.—(*Vacilante.*) Es verdad...; pero...

HIORDIS.—Así habría de ser la mujer que hiciese dichosa su vida, y luego... (*En tono despectivo.*) te eligió a ti.

DAGNY.—(*Dolorosamente sorprendida.*) ¿Pero tú crees que...?

HIORDIS.—¡Claro está! Por eso te has mostrado altanera y orgullosa; has exigido de todos que te honrasen para que Sigurd se honrase por ti..., ¿verdad?

DAGNY.—No, Hiordis; mas...

HIORDIS.—Le has excitado a hazañas gloriosas, le has seguido en la lucha y gustabas de estar en el sitio en que la pelea era más dura..., ¿no es así?

DAGNY.—(*Profundamente impresionada.*) ¡No, no!

HIORDIS.—¿Eres, pues, de ánimo encogido y Sigurd ha de recibir vergüenza de ello?

DAGNY.—(*Vencida.*) ¡Hiordis, Hiordis!

HIORDIS.—(*Sonriendo con ironía.*) Mas tu suerte ha sido dichosa de todos modos. ¿Crees que Sigurd puede decir lo mismo?

DAGNY.—¡Calla! ¡Ay de mí! ¡Tú has hecho que me conozca a mí misma!

HIORDIS.—¡Una sencilla palabra dicha en broma y lloras! Borra eso de tu memoria. Mira lo que he hecho hoy. (*Coge algunas flechas de la mesa.*) ¡Qué agudas y qué afiladas son! ¡Oh, aguzar flechas es cosa que yo sé hacer muy bien!

DAGNY.—Y usarlas también. ¡Apuntas bien, Hiordis! Nunca había pensado en lo que tú me has dicho. (*Con violento dolor.*) ¡Pero que Sigurd..., que yo le haya hecho penosa y sin gloria la vida!... ¡No, no; eso no puede ser verdad!

HIORDIS.—Consuélate, Dagny. No, no es verdad. Sí, si Sigurd fuese del mismo modo de pensar que entonces, podría ser; entonces quería ser el

hombre más famoso del país...; ahora se conforma con una suerte más modesta.

DAGNY.—No, Hiordis, no. Sigurd es ahora tan ambicioso como entonces. Ahora veo claro que yo no soy la esposa que él necesitaba; nunca me lo ha dicho; pero las cosas no pueden seguir así.

HIORDIS.—¿Qué vas a hacer?

DAGNY.—No quiero seguir siendo un obstáculo en su camino; no quiero estorbar su marcha.

HIORDIS.—Entonces, ¿piensas...?

DAGNY.—¡Silencio! Alguien viene.

UN CRIADO.—(*Entrando.*) ¡Sigurd el Wiking llega!

HIORDIS.—¿Sigurd? Entonces llama a Gunnar.

EL CRIADO.—Gunnar ha salido a caballo para llamar a sus vecinos, pues Kore quiere...

HIORDIS.—Bien; ya lo sé, puedes irte.

(*El criado sale por la puerta del fondo.*)

HIORDIS.—(*A Dagny, que hace ademán de irse.*) ¿Adónde quieres ir?

DAGNY.—Me marcho para no encontrarme con Sigurd. Veo que tendremos que separarnos. Pero encontrarme ahora con él... ¡No, eso no puedo! (*Se va por la izquierda.*)

HIORDIS.—(*Siguiéndola con la vista un momento.*) Y yo quería... (*Continúa cavilando, dirigiendo una mirada al arco.*) La venganza habría sido muy pequeña... ¡No, mejor ha sido este golpe! ¡Oh, es duro el morir, pero el vivir es a veces más duro aún!

(*Entra Sigurd por la puerta central del foro.*)

HIORDIS.—¿Vienes buscando a Gunnar, verdad? Siéntate; enseguida vendrá. (*Hace ademán de irse.*)

SIGURD.—No, quédate. Más que a él, te busco a ti.

HIORDIS.—¿A mí?

SIGURD.—Me alegro de encontrarte a solas.

HIORDIS.—Si vienes a insultarme, no dejarías de hacerlo porque la sala estuviera llena de hombres y mujeres.

SIGURD.—Ya sé lo que piensas de mí.

HIORDIS.—(*Con amargura.*) ¡Te hago sin duda injusticia! No, no has envenenado toda mi vida. No olvides que tú fuiste quien realizó aquel engaño vergonzoso; tú fuiste quien se sentó conmigo en mi cuarto fingiéndome amor, mientras te burlabas de mí, y quien luego me arrojó en brazos de Gunnar; para él servía todavía. Luego te fuiste llevándote la mujer a quien amabas.

SIGURD.—La voluntad humana puede hacer muchas cosas; pero los grandes hechos los regula el Destino. Eso nos ocurrió a nosotros dos.

HIORDIS.—Puede ser; malas Normas reinan sobre la tierra; pero su poder es pequeño cuando no encuentran auxiliares en nuestro propio pecho. La felicidad es del que se siente bastante fuerte para osar la lucha con las Normas..., y eso quiero yo hacer.

SIGURD.—¿Qué quieres hacer?

HIORDIS.—Probar mi fuerza en las que están sobre mí. Pero no hablemos más de eso. Tengo que trabajar hoy mucho todavía. (*Se sienta en la mesa.*)

SIGURD.—(*Después de una pausa corta.*) Haces buenas armas para Gunnar.

HIORDIS.—(*Con una sonrisa.*) No para Gunnar, pero sí contra ti.

SIGURD.—Viene a ser lo mismo.

HIORDIS.—Sí, es posible. Pues si yo puedo medirme con las Normas, más tarde o más temprano Gunnar y tú habréis de... (*Se detiene, apoya la espalda en la mesa, le mira sonriendo y dice con otro tono de voz:*) ¡Hum! ¿Sabes lo que ocurre a menudo? Ocurre que quiero alegrar con imágenes sonrientes mi fantasía. Entonces me siento aquí, cierro los ojos y empiezo a pensar: Ahora llega Sigurd el Fuerte; lo destruirá y lo quemará todo, y a mí y a mi marido también. Los hombres de Gunnar han caído todos. No quedamos más que él y yo; desde afuera comienzan a incendiar el tejado. «Un fle-

chazo, uno solo, puede salvarnos», dice Gunnar...; pero la cuerda del arco se rompe. «Hiordis, corta una trenza de tu pelo y haz con ella una cuerda... ¡Nos va la vida en ello!...» Y yo..., yo río... «¡Déjalo que destruya!... ¡Déjalo que queme!... ¡No doy por mi vida ni una trenza de mis cabellos!»

SIGURD.—Tus palabras se apoderan de mí con fuerza extraña. (*Se acerca a ella.*)

HIORDIS.—(*Mirándole fríamente.*) ¿Te sientas a mi lado?

SIGURD.—Tú crees que yo te odio. Hiordis, hoy hablamos por última vez. Hay algo dentro de mí que me tortura y no me deja alejarme de aquí. Es preciso que me conozcas mejor.

HIORDIS.—¿Qué quieres?

SIGURD.—Contarte una leyenda.

HIORDIS.—¿Es triste?

SIGURD.—Triste como la vida.

HIORDIS.—(*Amargamente.*) ¿Sabes tú que la vida puede ser triste?

SIGURD.—Ya juzgarás cuando haya dado fin a la leyenda.

HIORDIS.—Cuenta, pues, entretanto yo trabajo.

SIGURD.—(*Se sienta en un escabel a su derecha.*) Hubo una vez dos guerreros jóvenes que salieron de Noruega a buscar gloria y riqueza. Se habían jurado amistad mutua y cumplían religiosamente su juramento adondequiera que fuesen.

HIORDIS.—Y los dos guerreros se llamaban Sigurd y Gunnar.

SIGURD.—Bien; podemos llamarlos así. Por fin llegaron los dos guerreros a Islandia. Vivía allí un viejo noble que había salido de Noruega en los tiempos del rey Harald. Tenía bajo su techo dos maravillosas doncellas. La una, su hija adoptiva, era la más admirable, pues tenía un ánimo esforzado. Y los dos guerreros hablaban de ella, y ninguno de los dos había visto jamás una tan hermosa mujer...; eso decían ambos.

HIORDIS.—(*Ansiosa.*) ¡Ambos! ¡Quieres burlarte de mí!

SIGURD.—Gunnar pensaba en ella noche y día, y lo mismo hacía Sigurd. Pero ambos callaban. A ella no podía adivinársele si le agradaba Gun-

nar; mas que Sigurd no era de su gusto podía verse fácilmente.

HIORDIS.—(*Sin aliento.*) ¡Sigue! ¡Sigue! Te suplico...

SIGURD.—Pero por eso mismo Sigurd pensaba más en ella; mas nadie lo sabía. En esto aconteció una noche que aquella orgullosa mujer dijo durante la comida que solo el hombre que ejecutase la hazaña que ella exigiera sería su esposo. El corazón de Sigurd latió con violencia de alegría, pues sentía en sí la fuerza para realizar aquella hazaña. Mas después Gunnar llamó a Sigurd aparte y le habló de su amor. Sigurd calló y fue...

HIORDIS.—(*Con un grito.*) ¡Sigurd! ¡Sigurd!... (*Dominándose.*) Y esa leyenda... ¿es verdad?

SIGURD.—¡Verdad! Uno de los dos tenía que ceder. Gunnar era mi amigo...; no podía obrar de otro modo. Así fuiste la mujer de Gunnar, y yo tomé otra.

HIORDIS.—¿Llegaste a amarla?

SIGURD.—Aprendí a estimarla. Pero no hay más que una mujer a quien Sigurd haya amado, y esa mujer le odiaba desde el primer día que se vieron. (*Poniéndose en pie.*) Mi leyenda ha terminado. Ahora separémonos. Adiós, esposa de Gunnar; no nos volveremos a ver.

HIORDIS.—¡No, quédate! ¡Ay de nosotros! ¿Qué has hecho, Sigurd?

SIGURD.—(*Sorprendido.*) ¿Que qué he hecho? ¿Qué te pasa?

HIORDIS.—¡Y me dices ahora todo eso! Pero no; ¡no puede ser verdad!

SIGURD.—Esta es la postrera vez que hablamos. Palabra por palabra es verdad. Era preciso que hablara ahora para que pensaras de otro modo de mí.

HIORDIS.—(*Se retuerce involuntariamente las manos y lo mira con mudo asombro.*) ¡Me ha amado! ¡Tú... me has... amado... a mí! (*Con violencia, aproximándose a él.*) ¡No te creo! (*Le contempla con fijeza y luego estalla en un dolor violento.*) ¡No! ¡Es verdad!...; y ¡ay de nosotros! (*Se cubre el rostro con las manos y se aleja.*)

SIGURD.—(*Horrorizado.*) ¡Hiordis!

HIORDIS.—(*Serena, entre llorando y riendo.*) ¡Déjame! Quería, quería decir tan solo que... (*Poniendo una mano sobre su brazo.*) Sigurd, tu leyenda no está terminada. Aquella orgullosa doncella te amaba a su vez.

SIGURD.—(*Retrocediendo.*) ¿Tú?

HIORDIS.—(*Dominándose.*) Sí, Sigurd; yo te he amado; ahora lo veo. Dices que había sido esquivia y silenciosa contigo. ¿Pero qué otra cosa puede hacer una mujer? Si te hubiera manifestado mi amor hubiese sido indigna de ti. Tú te me aparecías siempre como el más grande de los hombres, y el saber que eras esposo de otra... me producía aquel agudo dolor que yo misma no podía comprender.

SIGURD.—(*Aterrado.*) Las Normas han tejido sobre nosotros una tela de infortunios.

HIORDIS.—Tuya es la culpa. El varón ha de obrar con ánimo y violencia. Al poner aquella condición tan difícil al que quisiese alcanzarme, no pensaba en otro sino en ti..., y tú fuiste capaz...

SIGURD.—Yo sabía el dolor de Gunnar; yo solo podía calmarlo. ¿Qué iba a hacer? Y sin embargo, si entonces hubiera sabido lo que ahora sé..., no respondo de lo que hubiera hecho. ¡El poder del amor es demasiado grande!

HIORDIS.—(*Rápidamente.*) Ahora adelante, Sigurd. Un maldito azar nos ha tenido separados largo tiempo. El nudo está roto; que el porvenir nos indemnice.

SIGURD.—(*Sacudiendo la cabeza.*) Eso no es posible. Tenemos que separarnos de nuevo.

HIORDIS.—No tenemos que separarnos. Yo te quiero; ahora puedo decírtelo sin enrojecer, pues mi amor no pide como el de las mujeres blandas. Si fuera un hombre, ¡por los poderes supremos!, podría amarte del mismo modo que ahora te amo. ¡Vamos, pues, Sigurd! La dicha bien vale una gran acción. Si queremos somos libres los dos, y luego el juego es nuestro.

SIGURD.—¿Libres? ¿Qué pretendes?...

HIORDIS.—¿Qué espera de ti Dagny? ¿Qué puede ser para ti? No más de lo que es para mí Gunnar en lo íntimo de mi pensamiento. ¡Y qué importa si dos vidas miserables quedan destruidas!

SIGURD.—¡Hiordis! ¡Hiordis!

HIORDIS.—Que Gunnar se quede aquí. A Dagny déjala que se vaya con su padre a Islandia. Yo te seguiré con coraza y hierro adondequiera que vaya tu rumbo.

(*Sigurd da muestras de estar fuertemente inquieto.*)

HIORDIS.—No quiero seguirte como tu mujer, pues yo he pertenecido a otro y vive también la que un día descansó a tu lado. No, Sigurd; no como tu mujer, como tu compañera de armas; como una de esas mujeres fuertes que excitan a la lucha y a las acciones varoniles que hagan que tu nombre resuene en la tierra toda. En tus luchas estaré a tu lado, en tormentas y en expediciones de guerra me verás en medio de tus hombres, y cuando resuene la canción de tus hazañas, sabrá el mundo de Sigurd y Hiordis reunidos.

SIGURD.—Ese fue un día mi sueño más querido; mas ahora es ya tarde. Gunnar y Dagny están entre nosotros, y ambos tienen derecho a su puesto. A la amistad de Gunnar sacrifiqué el amor de mi juventud; ahora tengo que sufrir el castigo de haberlo hecho, para que por lo menos no haya sido en vano. ¡Y Dagny! Confiada e inocente, abandonó casa y parentela; nunca sospechará que yo suspiraba por Hiordis al abrazarla a ella.

HIORDIS.—¡Y por eso quieres arrastrar esa carga durante toda tu vida! ¿Para qué se te dieron entonces la fuerza y el valor y las grandes dotes espirituales? ¿Y piensas que en adelante podré permanecer en la casa de Gunnar? No, Sigurd; aquí hay mucho que hacer para un hombre como tú. Erik rige el Imperio noruego; ¡álzate contra él! A tu lado se pondrán muchos valientes. ¡Nos pondremos con fuerza invencible a la obra, y lucharemos y haremos y no descansaremos hasta que te sientes en el trono de Harald!

SIGURD.—¡Hiordis! ¡Hiordis! Ese era el sueño de mi juventud indómita. Déjame olvidarlo... No me tientes.

HIORDIS.—(*Con majestad.*) Las Normas han decidido que nosotros dos vayamos juntos. Su decisión no podemos eludirla. Ahora veo yo clara mi misión en la vida: hacerte famoso en toda la tierra. Tú estabas ante mí todos los días y todas las horas que yo pasé en esta casa. Quería arrancarte de mi corazón y no lo lograba. Y ahora ya no es necesario, pues sé que me amas.

SIGURD.—(*Con frialdad forzada.*) Si eso es así..., sábelo..., te he amado. Ahora ya pasó...; he olvidado aquellos días.

HIORDIS.—¡Mientes, Sigurd! Valgo lo bastante para que no puedas olvidarme si alguna vez me has amado.

SIGURD.—(*Con violencia.*) ¡Tiene que ser...; quiero que sea!

HIORDIS.—Acaso, pero no puedes. Quieres impedírmelo, pero no lo conseguirás. Antes de que oscurezca lo sabrán todo Gunnar y Dagny.

SIGURD.—¡Eso no puedes hacerlo!

HIORDIS.—¡Lo haré!

SIGURD.—Entonces te conozco mal. Te había tenido por compasiva.

HIORDIS.—Días malos engendran malos pensamientos. Confías demasiado en mí. ¡Quiero seguirte, tengo que seguirte!... ¡Afuera, a la lucha, a la vida! El techo de Gunnar es demasiado bajo para mí.

SIGURD.—(*Recalcando sus palabras.*) Bien; mas la honra entre hombres sabes tú de seguro apreciarla. Hay un motivo de lucha entre Gunnar y yo. Y si él cayera por mi mano..., ¿lo propagarías todo y me seguirías?

HIORDIS.—(*Sorprendida.*) ¿Por qué preguntas eso?

SIGURD.—Contéstame primero. ¿Qué harías tú si yo matase a tu marido?

HIORDIS.—(*Mirándolo asombrada.*) Entonces tendría que callar y no podría descansar hasta que te hubiese matado.

SIGURD.—(*Sonriendo.*) Bien, Hiordis...; eso ya lo sabía yo.

HIORDIS.—(*Igualmente.*) Pero eso no sucederá.

SIGURD.—Tiene que suceder. ¡Tú misma has echado los dados sobre la vida de Gunnar y la mía!

(*Gunnar con algunos servidores entra por la puerta del centro.*)

GUNNAR.—(*Con violencia, a Hiordis.*) ¡Ahora grana el fruto que tú sembraste!

SIGURD.—(*Acercándosele.*) ¿Qué te ha ocurrido?

GUNNAR.—¡Eres tú, Sigurd! ¿Que qué me ha ocurrido? Nada más de lo que debía esperar. En cuanto llegó Dagny, tu esposa, con las nuevas de Kore, monté en mi caballo y me fui a pedir a mis vecinos ayuda contra él.

HIORDIS.—(*Interesada.*) ¿Y ocurrió...?

GUNNAR.—La respuesta que recibí en todas partes fue dura: Mi conducta con Kore había sido poco honrosa, decían. ¡Hum! Hablaban de otras cosas que no puedo repetir. Que yo estoy cubierto de afrenta; que de mí se dice que maté a un muchacho. Pasa por deshonroso hacer causa común conmigo.

SIGURD.—No pasará por afrenta mucho tiempo, pues antes de que oscurezca has de salir contra Kore con soldados.

GUNNAR.—¡Sigurd!

HIORDIS.—(*En voz baja, triunfante.*) ¡Ah, bien lo sabía yo!

SIGURD.—(*Con energía forzada.*) Mas después ha terminado la paz entre nosotros. Escúchame ahora, Gunnar. ¡Tú has matado a Thorolf, el hermano de mi esposa, y por eso te reto a combate singular mañana antes de la salida del sol!

(*Hiordis, dominada por una fuerte emoción interior, hace un movimiento hacia Sigurd, pero se domina y durante la escena que sigue permanece inmóvil.*)

GUNNAR.—(*Con la mayor sorpresa.*) ¡A combate singular! ¡A mí! Tú bromeas, Sigurd.

SIGURD.—A combate singular, según uso y ley te reto; jugaremos a los dados nuestras vidas. ¡Uno de los dos tendrá que caer!

GUNNAR.—¡Ah, ya comprendo! Cuando yo llegué estabas solo con Hiordis. ¡Te habrá ofendido de nuevo!

SIGURD.—¡Quizás! (*A media voz, a Hiordis.*) Una mujer de ánimo valeroso debe velar por la honra de su esposo. (*Y a los hombres que están en el fondo.*) Y vosotros, servidores, id ahora a los vecinos de Gunnar y decidles que mañana cruzará su espada con la mía. ¡Nadie llamará cobarde al hombre que prueba sus armas con las de Sigurd el Viking!

(*Los criados salen por la puerta del fondo.*)

GUNNAR.—(*Corriendo hacia Sigurd y estrechando conmovido su mano.*) ¡Sigurd, bravo hermano mío! ¡Ahora te comprendo! ¡Expones tu vida por mi honra, como un día la expusiste por mi felicidad!

SIGURD.—Dale las gracias a tu esposa; a ella es a quien se debe principalmente mi conducta. Mañana al salir el sol...

GUNNAR.—Nos encontraremos. (*Con ternura.*) Hermano mío de armas, ¿quieres una buena espada mía? Es una prenda magnífica.

SIGURD.—Te doy las gracias; mas déjala colgada. Nadie puede saber si he de poder usarla la noche que viene.

GUNNAR.—(*Estrechándole la mano.*) ¡Adiós, Sigurd!

SIGURD.—¡Adiós, y suerte en tus empresas!

(*Se separan. Gunnar se va por la izquierda. Sigurd lanza una mirada a Hiordis y sale por el fondo.*)

HIORDIS.—(*Tras una pausa, en voz baja y meditabunda.*) ¡El duelo mañana! ¿Quién caerá? (*Calla un momento y luego grita como poseída de una decisión firme.*) ¡Caiga quien caiga, Sigurd y yo permaneceremos siempre unidos!

ACTO CUARTO

En la playa. Como en el primer acto. Anochecer. Aparece de cuando en cuando la luna entre nubes negras tormentosas. En el fondo un mausoleo negro. Arnulfo está sentado sobre una piedra, con la cabeza descubierta, en el primer término a la derecha; apoya los codos en las rodillas y se tapa la cara con las manos. Sus gentes trabajan en la tumba; algunos alumbran con antorchas. Después de una corta pausa salen Sigurd y Dagny de la cabaña de madera, en la que arde una hoguera de ramas.

DAGNY.—(*En voz baja.*) Está allí todavía. (*Conteniendo a Sigurd.*) No, no le hables.

SIGURD.—Tienes razón; es muy pronto. Vale más dejarle abandonado a sí mismo.

DAGNY.—(*Va hacia la derecha y contempla a su padre con mudo dolor.*) Ayer cuando llevaba sobre sus hombros el cadáver de Thorolf, estaba tan fuerte y las fuerzas no le abandonaron mientras se excavaba la sepultura. Mas cuando los cadáveres estuvieron todos dentro y comenzaron a arrojar sobre ellos piedras y tierra, el dolor se apoderó de él, sus fuerzas cedieron. (*Secándose las lágrimas.*) Di, Sigurd, ¿cuándo piensas irte hacia Islandia?

SIGURD.—En cuanto cese la tormenta y haya arreglado mis cuentas con Gunnar.

DAGNY.—¿Entonces comprarás tierras, construirás una casa y no volverás a salir al mar?

SIGURD.—Sí, sí... ¿No te lo he prometido?

DAGNY.—¿Y puedo creer que Hiordis me engañó al decirme que no era digna de ser tu mujer?

SIGURD.—Sí, Dagny; confía en mi palabra.

DAGNY.—Entonces vuelvo a ser dichosa y quiero tratar de olvidar todas las tragedias que aquí he presenciado. En las largas veladas invernales hablaremos de Gunnar y Hiordis y...

SIGURD.—No, Dagny; por el bien de los dos, valdrá más que no nombres a Hiordis cuando estemos en casa allá en Islandia.

DAGNY.—(*Con tono de dulce reproche.*) Tu odio es injusto. ¡Sigurd, eso no es digno de ti!

UNO DE LOS HOMBRES.—(*Dirigiéndose a Arnulfo.*) La tumba está terminada.

ARNULFO.—(*Como despertando.*) ¡La tumba! ¿Está?... Bien, bien.

SIGURD.—Háblale ahora, Dagny.

DAGNY.—(*Acercándose a él.*) Padre, hace frío aquí afuera; esta noche va a estallar una tormenta.

ARNULFO.—¡Ah! No te preocupes. La tumba está ahora firme y debajo de ella están calientes.

DAGNY.—Sí, pero tú...

ARNULFO.—¿Yo? Yo no tengo frío.

DAGNY.—No has comido hoy nada aún. ¿No quieres entrar? La cena está preparada.

ARNULFO.—Deja la cena estar; no tengo hambre.

DAGNY.—Pero, créeme, estar aquí sentado tan quieto y tan silencioso no te hará bien; no estás acostumbrado a ello.

ARNULFO.—Sí, es verdad. Siento que algo me oprime el pecho; no puedo respirar. (*Se cubre de nuevo el rostro con las manos. Pausa.*)

DAGNY.—(*Sentándose a su lado.*) Dispondrás tu barco para venirte con nosotros a Islandia, ¿verdad?

ARNULFO.—(*Sin levantar la cabeza.*) ¿Y qué voy a hacer allí? No; quiero estar con mis hijos.

DAGNY.—(*Apenada.*) ¡Padre!

ARNULFO.—(*Levanta la cabeza.*) Entrad vosotros y dejadme aquí. Luego que la tormenta haya caído sobre mí una o dos noches, espero que se habrá acabado todo.

SIGURD.—¡Eso no debes ni pensarlo!

ARNULFO.—¿Te maravilla que quiera descansar? Pues mi obra está ya hecha; ya he enterrado a mis hijos. (*Con energía.*) ¡Dejadme aquí!... ¡Idos, idos!

SIGURD.—(*Bajo a Dagny, que se ha levantado.*) Déjale que esté aquí un rato todavía.

DAGNY.—No; quiero probar aún un medio...; le conozco bien. (*A Arnulfo.*) Dices que tu obra está ya terminada; pues no lo está aún. Has enterrado a tus hijos; mas tú eres un escalda, y tienes que componer una canción a su memoria.

ARNULFO.—¿Cantar? No, no. Ayer podía hacerlo todavía; hoy soy ya demasiado viejo.

DAGNY.—Y sin embargo es necesario. Todos tus hijos eran héroes gloriosos. Su memoria pide una canción, y nadie puede hacerla en nuestra casa tan bien como tú.

ARNULFO.—(*Mirando interrogativamente a Sigurd.*) ¡Una canción fúnebre a mis hijos! ¿Qué te parece a ti?

SIGURD.—Su deseo me parece justo. Haz lo que te pide.

DAGNY.—Mal pensarían de ti tus vecinos de Islandia si en el banquete funeral no se cantase alguna canción en honor de los hijos de Arnulfo. Todavía no es tiempo de que sigas a tus hijos.

ARNULFO.—Sea. Quiero intentarlo. Y tú, Dagny, escucha atenta para que puedas escribir luego la canción.

(*Se acercan los hombres con las antorchas y forman un corro alrededor de Arnulfo. Este queda un momento pensativo; luego comienza*):

El Dios de los escaldas me otorgue el poder de cantar, y que mi lamento diga la dureza de mi destino.

Las Normas crueles robáronme la dicha; tomáronme lo mío y me expulsaron, dejándome abandonado en el sendero duro.

Siete hijos debía a los dioses, y ahora tengo que caminar solitario y triste. Las siete figuras heroicas de los hijos eran la felicidad del padre.

Mas ahora huyó la dicha sublime... Mis hijos han muerto, mi casa está solitaria y solitarias sus estancias.

Thorolf, el menor, tú, el osado entre los osados, ¡si me quedaras tú no me lamentaría! Tú, flor de primavera, lleno de amor y vida; tú, orgullo de tu padre; ¡tú, héroe magnífico!

La herida mortal que te alcanzó prensa mi cabeza como si la tuviera apretada entre dos escudos. ¡Oh! ¡Si mi espada tuviese aún bien afilado el corte y si los dioses protegiesen al anciano en la pelea, me vengaría de las Normas envidiosas que me lo robaron todo, que se llevaron hasta el último de mis hijos!

¿Pero es que en verdad me lo han llevado todo? ¡No! ¡Una cosa me queda todavía!

Me queda el don de los dioses para lamentarme con palabras, para cantar el dolor que me oprime.

¡Suene, pues, el canto doloroso! Y lleve a los hijos que descansan en la tumba el último saludo amoroso de su padre.

¡Salud, oh héroes! ¡Salud, amados míos, que ahora cabalgáis hacia el Walhalla! ¡Los dioses amenguan mi sufrimiento y mi dolor! Mi canción me devuelve la salud.

(Respira profundamente, se pasa la mano por los cabellos y por la frente, y dice con calma): Adelante; ahora Arnulfo está otra vez sano y fuerte. *(A los hombres.)* Venid a cenar, muchachos. ¡La faena del día ha sido dura! *(Se va con los hombres por la izquierda, hacia la cabaña de madera.)*

DAGNY.—¡Gracias al Cielo que hemos encontrado tan buen medio! *(A Sigurd.)* ¿No quieres entrar?

SIGURD.—No tengo gana ninguna. Dime, ¿está preparado todo para mañana?

DAGNY.—Todo está dispuesto. Sobre el banco hay una sábana mortuoria ribeteada de seda. Pero yo sé que vencerás a Gunnar, y por eso no lloraba durante la labor.

SIGURD.—Que todos los buenos poderes hagan que no viertas jamás una lágrima por mí. (*Se detiene y mira hacia la izquierda.*)

DAGNY.—¿Qué escuchas?

SIGURD.—¿No oyes?... Allí. (*Señalando hacia la izquierda.*)

DAGNY.—Pasa una tormenta extraña sobre el mar.

SIGURD.—Temo que esa tormenta va a traernos malas consecuencias. (*Gritando.*) ¿Quién viene?

KORE.—(*Por la izquierda, en el fondo.*) ¡Gente conocida, Sigurd el Wiking! (*Entra con una porción de hombres armados.*)

SIGURD.—¿Adónde queréis ir?

KORE.—A casa de Gunnar.

SIGURD.—¿Con propósitos enemigos?

KORE.—¡Tenlo por seguro! La última vez me lo has impedido, pero ahora creo que te parecerá bien.

SIGURD.—Es posible.

KORE.—He oído hablar de tu desafío con Gunnar. Si las cosas van como yo quiero, las armas con que se presente ante ti han de ser bien frágiles.

SIGURD.—Te atreves a mucho. ¡Ten cuidado, campesino!

KORE.—(*Con maligna sonrisa.*) Tú déjame hacer. Si quieres aparejar por la noche tu barco, nosotros te iluminaremos... ¡Vamos, gente! Por aquí (*Señalando hacia la derecha.*) es el camino.

(*Se van por la derecha al fondo.*)

DAGNY.—¡Sigurd, Sigurd! Tienes que impedir esa infamia.

SIGURD.—(*Corre a la puerta de la cabaña y grita*): ¡Arriba, Arnulfo; toma venganza de Kore!

ARNULFO.—(*Saliendo con los demás.*) ¿Kore? ¿Dónde está?

SIGURD.—¡Va a quemar la casa de Gunnar!

ARNULFO.—¡Oh!... ¡Déjale! Así me vengará de Gunnar y Hiordis al mismo tiempo.

SIGURD.—No; eso que has dicho no está bien. Esta misma noche tienes que buscar a Kore, dondequiera que lo encuentres; en cuanto haya hecho la fechoría, huirá a las montañas. A Gunnar lo he retado ya a combate singular; lo tienes, pues, seguro, a no ser que yo mismo... Pero de todos modos, esta noche hay que defenderlo de sus enemigos. ¡No es posible que un miserable como Kore me quite mi venganza!

ARNULFO.—Lo que dices es verdad. Hoy quiero proteger al matador de Thorolf. Pero mañana ha de morir.

SIGURD.—Él o yo. Puedes estar seguro.

ARNULFO.—¡Adelante! Seguidme a vengar la casta de Arnulfo. (*Sale con sus gentes por el fondo derecha.*)

SIGURD.—Dagny, vete con ellos. Yo tengo que quedarme, pues la noticia de mi duelo con Gunnar habrá cundido ya y no debo encontrarme con él hasta que el tiempo sea llegado. Ve y aconseja a tu padre para que realice con honor la empresa. En casa de Gunnar hay muchas mujeres; que nadie ejerza violencia contra Hiordis o contra las demás.

DAGNY.—Sí, sí, voy corriendo; piensas todavía en Hiordis. ¡Gracias por tu bondad!

SIGURD.—¡Vete, vete, Dagny!

DAGNY.—Voy a toda prisa. Mas por Hiordis no hay que temer; en su cuarto tiene una armadura dorada, y ya sabrá defenderse.

SIGURD.—También yo lo creo. Pero a pesar de eso, ve. Vela por tu padre; protégele, y protege también a la mujer de Gunnar.

DAGNY.—Confía en mí. Hasta pronto. (*Se va por donde habían salido los demás.*)

SIGURD.—Esta es la primera vez, hermano mío de armas, que estoy inactivo mientras te amenaza un peligro. (*Escucha hacia la derecha.*) Oigo gritos y chocar de espadas; ya han llegado. (*Va a ir hacia la derecha, pero se para asombrado y retrocede.*) ¡Hiordis viene aquí!

(*Llega Hiordis con un traje corto de escarlata, con armas doradas, yelmo y coraza; trae el cabello suelto; a la espalda lleva un carcaj, en el cinturón un escudo pequeño y en la mano el arco con la cuerda tejida de sus cabellos. Entra apresuradamente y mira hacia atrás como si temiese algún perseguidor; se acerca a Sigurd, le coge el brazo y dice con voz contenida*):
¡Sigurd, Sigurd! ¿No le ves?

SIGURD.—¿A quién? ¿Dónde?

HIORDIS.—El lobo..., allí..., muy cerca. No se mueve; me mira con ojos fosforescentes. ¡Es una advertencia para mí, Sigurd! Ya lo he visto tres veces; eso significa que esta noche tengo que morir.

SIGURD.—¡Hiordis! ¡Hiordis!

HIORDIS.—Ahora se hunde en la tierra. Sí, claro; ahora ya me ha advertido.

SIGURD.—(*Señalando hacia la izquierda.*) Estás enferma. Ven allá adentro.

HIORDIS.—No; quiero esperar aquí. ¡Me queda ya poco tiempo!

SIGURD.—¿Qué te ha ocurrido?

HIORDIS.—¿Qué ha ocurrido? No sé; pero es verdad lo que tú dijiste de que Gunnar y Dagny estaban entre nosotros. Tenemos que huir de ellos y de la vida; entonces podremos estar juntos.

SIGURD.—¿Nosotros? ¡Ah! ¿Tú crees...?

HIORDIS.—(*Con majestad.*) El día en que escogiste a otra para tu mujer, quedé expatriada de la tierra. Mal obraste tú entonces. El hombre debe dar a su fiel amigo cuanto posea..., todo, menos la mujer a quien ama; pues al hacerlo rasga el secreto tejido de las Normas, y quedan dos vidas aniquiladas. Una voz que no engaña dice dentro de mí que yo había sido creada para que mi ánimo valeroso te sostuviese y levantase en los tiempos difíciles, y que tú habías nacido para que hubiera un hombre en quien yo pudiera encontrar

cuanto me parecía grande y glorioso. Pues eso es seguro, Sigurd. Si nosotros dos nos hubiéramos unido, seríamos, tú más glorioso, y yo más feliz que todos los demás hombres.

SIGURD.—Los lamentos son ya inútiles. ¿Crees que es una vida dichosa la que ahora me espera? ¿Tener que estar constantemente al lado de Dagny y fingirle un amor que me oprime el corazón? Y sin embargo, tiene que ser así; nada puede salvarnos.

HIORDIS.—(*Con energía creciente.*) ¡No puede ser! Nosotros dos tenemos que huir de la vida. ¿Ves este arco? Con él apunto bien, pues he cantado sobre él una canción mágica. (*Colocando una flecha en el arco, tendido.*) ¿Oyes cómo murmura el aire? Es la marcha de los muertos al Walhalla. Yo la he conjurado; iremos en su compañía.

SIGURD.—¡Hiordis, Hiordis, me das miedo!

HIORDIS.—(*Sin atenderle.*) No hay poder que pueda cambiar nuestro destino. Y es mejor así que si me hubiese unido a ti en esta vida; que si hubiera vivido en tu casa para tejer lino y lana y para darte descendencia. ¡Uf! ¡Uf!

SIGURD.—¡Detente! Tu poder mágico te ha vencido. Ha enfermado tu alma. (*Horrorizado, señalando hacia la derecha.*) ¡Mira allí! ¡La casa de Gunnar ardiendo!

HIORDIS.—¡Déjala arder, déjala arder! ¡Vale más vivir allá arriba entre nubes que en la sala de Gunnar!

SIGURD.—¿Y Egil, tu hijo?... ¡Le están matando!

HIORDIS.—Deja que le maten. Así morirá mi vergüenza con él.

SIGURD.—¡Pero Gunnar!... Le quitan la vida a tu marido.

HIORDIS.—Eso me es igual. Esta noche iré con un marido mejor. Sí, Sigurd; así tiene que ser. El nuevo Dios viene hacia el Norte y no quiero esperarle. Los dioses antiguos ya no son lo fuertes que eran: duermen, viven medio entre sombras. ¡A luchar con ellos! Vámonos de esta vida, Sigurd. Quiero sentarte en el trono del cielo, y quiero sentarme yo a tu lado. (*Estalla la tormenta.*) ¡Oye, oye; ahí viene nuestro séquito! ¿No ves los dos corceles negros, veloces? El uno es para mí; para ti el otro. (*Coloca el arco sobre la mejilla y dispara.*) Entra, pues, en este último viaje.

SIGURD.—¡Bien dado, Hiordis! (*Cae.*)

HIORDIS.—(*Jubilosa, corre hacia él.*) ¡Sigurd, hermano mío! Ahora somos uno de otro.

SIGURD.—Ahora menos que nunca. Aquí se separan nuestros caminos, pues... ¡yo soy cristiano!

HIORDIS.—(*Horrorizada.*) ¿Tú?... ¡Ah! No, no.

SIGURD.—Yo rezo al Dios nuevo. El rey Adelsthan me ha enseñado a conocerlo. Hacia Él voy ahora.

HIORDIS.—¡Y yo! (*Desesperada, arroja el arco.*) ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

SIGURD.—Dura ha sido mi vida desde la hora en que te arranqué de mi corazón y te entregué a Gunnar. Gracias, Hiordis... ¡Ahora me siento tan libre y tan dichoso! (*Muere.*)

HIORDIS.—(*En voz baja.*) ¡Muerto!... ¡He perdido, pues, mi alma! (*La tormenta ruge con más fuerza. Hiordis grita con salvaje violencia.*) ¡Ya vienen! Yo los he conjurado. Mas no, no. Yo no voy con vosotros; no quiero ir sin Sigurd. Ya no hay salvación. Me persiguen con sus miradas; se sonríen y me hacen señas; hacen caracolear sus caballos. (*Corre hacia las rocas del fondo.*) Ya están sobre mí. Y ningún auxilio, ninguna huida es posible. Mas quién sabe... Acaso en el fondo del mar... (*Se precipita por el acantilado.*)

(*Arnulfo, Dagny, Gunnar y Egil y las gentes de Sigurd van entrando poco a poco por la derecha.*)

ARNULFO.—(*Dirigiéndose a los sepulcros.*) Ahora ya podéis dormir tranquilos, porque estáis vengados.

DAGNY.—(*Entrando.*) ¡Padre, padre..., me muero de horror! Tanta sangre vertida... y la tormenta. ¡Oye, oye!

GUNNAR.—(*Con Egil en los brazos.*) Paz y protección para mi hijo.

ARNULFO.—¿Tú, Gunnar?

GUNNAR.—Sí, mi casa está incendiada y mis hombres han caído todos. Estoy en tu poder. Haz lo que quieras conmigo.

ARNULFO.—Eso lo decidirá Sigurd. Pero ahora vámonos a techado. Aquí no estamos seguros.

DAGNY.—Sí, adentro, adentro. (*Se dirige hacia la cabaña, ve el cadáver y da un grito.*) ¡Sigurd, esposo mío! ¡Le han matado!

ARNULFO.—(*Corre apresuradamente.*) ¡Sigurd!

GUNNAR.—(*Dejando a Egil en el suelo.*) ¡Sigurd muerto!

DAGNY.—(*Mira desesperadamente a los hombres que rodean el cadáver de Sigurd.*) ¡No, no; no es posible! ¡Es preciso que viva! (*Viendo el arco.*) ¡Qué es esto? (*Se pone en pie.*)

ARNULFO.—Hija mía, tienes razón. Sigurd ha sido asesinado.

GUNNAR.—(*Acometido de una idea repentina.*) ¿Y Hiordis? ¿Ha estado aquí Hiordis?

DAGNY.—(*Bajo y conteniéndose.*) No lo sé. Pero su arco sí que estuvo.

GUNNAR.—¡Ya me lo figuraba yo!

DAGNY.—¡Calla, calla! (*Para sí.*) ¡Tanto le odiaba!

GUNNAR.—(*En voz baja.*) Le ha matado en la noche antes del duelo. Me amaba, pues.

(*Pasa por el aire rugiendo el cortejo mortuorio. Todos se horrorizan.*)

EGIL.—(*Aterrado.*) ¡Padre! ¡Mira, mira allí!

GUNNAR.—¿Qué es?

EGIL.—Allá arriba..., los caballos negros...

GUNNAR.—Son las nubes que...

ARNULFO.—No; los muertos cabalgan al Walhalla.

EGIL.—(*Dando un grito.*) ¡Mi madre va con ellos!

DAGNY.—¡Espíritus buenos!

GUNNAR.—Niño, ¿qué dices?

EGIL.—¡Allí..., allá arriba..., sobre el caballo negro! ¡Padre! ¡Padre! (*Se coge a él horrorizado.*)

(*Pausa corta; cesa la tormenta; se despejan las nubes; la luna ilumina quietamente el paisaje.*)

GUNNAR.—(*En voz baja y doliente.*) Sí, Hiordis ha muerto sin duda.

ARNULFO.—Así es, Gunnar; y en ella tenía más que vengar que en ti. El encuentro nos ha salido caro a ambos. He aquí mi mano. Sea paz y reconciliación entre nosotros.

GUNNAR.—Gracias, Arnulfo. Y ahora, a los barcos. Yo voy con vosotros a Islandia.

ARNULFO.—Sí, a Islandia. Y nuestra expedición habrá de recordarse por mucho tiempo. Hasta más allá de las tierras septentrionales resonará la fama de las acciones heroicas realizadas en playas extrañas por la última casta de Islandia.

FIN

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo I (Madrid, Librería de Perlado, Páez y C.^a, 1914; Biblioteca Clásica, tomo CCXXXIII), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

En el acto primero, la réplica «Jokul cayó a mis pies en duelo leal...», que la edición de 1914 atribuye por error a Gunnar, se ha devuelto a Arnulfo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB